

GRUPO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES MARTINISTAS Y MARTINEZISTAS DE ESPAÑA

-G.E.I.M.M.E.-



Inscrito en el Registro Nacional de Asociaciones con el Número Nacional 171370 de la Sección 1ª.
Ministerio del Interior. España.

BOLETÍN INFORMATIVO
Nº 16

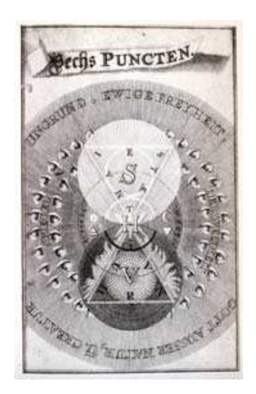
21 de Junio de 2.008

S U M A R I O

PAPUS Y LA ORDEN MARTINISTA
Sâr Amorifer

LOS ÉLUS COHEN Y LA TRADICIÓN OCULTISTA
-GNOSTICISMO Y MISTICISMO RACIONALISTA-
René Le Forestier
(1.868 – 1.951)

EL SISTEMA DE JAKOB BÖHME
Adam Mickiewick
(1789 – 1855)



PAPUS Y LA ORDEN MARTINISTA

Sâr Amorifer

Voy a resumir, en primer lugar, algunas conclusiones admitidas hoy en día, de forma general (con algún que otro pequeño matiz quizá), por los investigadores más recientes y serios de la historia del Martinismo:

- Louis-Claude de Saint Martin no ha transmitido iniciación ritual que le sea propia, no ha fundado ninguna Orden de ningún tipo y en consecuencia no ha fundado la Orden Martinista. Sí parece documentado que tenía a su alrededor un grupo de discípulos con quienes compartía la luz espiritual que le animaba[1]. Su círculo íntimo se constituyó de discípulos elegidos y de amigos fieles.

- La filiación ritual de las actuales Órdenes Martinistas se remonta a Papus (Dr. Gérard Encause, 1.865 – 1.916), fundador de la Orden Martinista en 1.887-91. Esta filiación no puede ser negada. Ahora bien, hay cierta transmisión reconocida por Robert Amadou[2] en Papus (garantizada por la de Agustín Chaboseau), no sustentándose esta en prerrogativas administrativas sino en un legado proveniente de Saint-Martin y su entorno. Papus, hablando de la transmisión de H. Delaage[3] que él recibió, nos dice: *"Las primeras iniciaciones personales, sin otro ritual que esta transmisión de dos letras y algunos puntos, tuvieron lugar entre 1.884 y 1.885…"*[4] Jean Chaboseau, hijo de Agustín Ch. y último Gran Maestro de la O.M.T., atestigua: *"Nuestro difunto Hermano Agustín Chaboseau había redactado una nota sobre lo que fue llamado su "iniciación" por su tía Amélie Boisse-Mortemart, nota que no deja lugar a ninguna duda a este respecto. Se trataba únicamente de la transmisión oral de una enseñanza particular y de cierta comprensión de las leyes del Universo y de la vida espiritual, lo que, en ningún caso, podría ser considerado como una iniciación de forma ritualística. Los "linajes" que llegaron a Agustín Chaboseau, a Papus, y a otros y que provienen de Saint-Martin son, en efecto, linajes de afinidades espirituales y de ningún modo están constituidos por una sucesión ininterrumpida de ceremonias intangibles en el seno de una misma sociedad y en nombre de la misma"*[5]. El hecho de fundar una Orden Martinista no tenía para Papus y para aquellos que le apoyaron otro objetivo que el de salvaguardar la continuidad del espíritu que anima la iniciación verdadera (la Ciencia del Hombre) tal como lo manifestó Saint-Martin en su vida y su obra; los rituales dispuestos para esta Orden estarían, pues, destinados a poner a sus miembros en condiciones interiores de trabajar en un entorno adecuado las enseñanzas del Filósofo Desconocido y mantener vivo este espíritu, compartiendo el esfuerzo individual con el colectivo.

---

[1] *"Decidió, sobre todo, fundar él mismo una sociedad (comunidad) en la que el propósito sería la más pura espiritualidad, y para la cual comenzó a elaborar a su manera las doctrinas de su Maestro Martínez"*. G. V. Rijnberk, citando un artículo de Varnhagen von Ense, fechado en 1.821, sobre Saint-Martin.

[2] Louis-Claude de Saint-Martin y el Martinismo. Robert Amadou.

[3] R. Ambelain cuenta que Dellaage, en su lecho de muerte, impuso las manos a Papus consagrándolo "S::: I:::" según la regla, pero sin llegar a transmitirle ninguna tradición secreta. (Le Martinisme. Histoire et doctrine. Robert Ambelain. Ed. Niclaus, París. Pág. 150).

[4] Martinezismo, Willermozismo, Martinismo y Francmasonería. Cap. III, 2. Papus.

[5] Carta de dimisión de Jean Chaboseau como Gran Maestro de la Orden Martinista Tradicional. Septiembre de 1.947. Boletín Informativo del G.E.I.M.M.E. nº 7.

- La filiación denominada "rusa", en la que se reagrupan algunas Órdenes Martinistas, no remonta más a Saint-Martin que la de Papus.

- Poco después de la muerte de Papus, la Orden Martinista propiamente dicha se divide en varias ramas, las cuales a su vez se han vuelto a dividir. Este conjunto de sociedades constituyen la Orden Martinista en el sentido más general.

- Tengamos siempre presente que para Saint-Martin, que no fundó ninguna Orden, la iniciación ritual, cualquiera que sea, es siempre auxiliar, jamás indispensable, y que la **verdadera iniciación** se cumple en el corazón del **Hombre Nuevo**, órgano del amor y del conocimiento superior: *"**La santa alianza que sólo se puede encontrar después de una perfecta purificación**"*[6].

- Las fuentes de las que bebe Saint-Martin principalmente y a través de las cuales desarrolla y fundamenta su doctrina son: "La doctrina de la Reintegración de los Seres" de Martínez de Pasqually, cuyas enseñanzas adquirió como miembro activo de su "Orden de los Caballeros Masones Élus Cohen del Universo", de la cual se separaría más tarde; la obra del teósofo teutónico Jakob Böhme, su segundo Maestro espiritual, que descubrió ya en la madurez; y la religión cristiana, en la que profundizó recuperando su verdadero espíritu, que no es otro que "***el poder de llegar a ser hijos de Dios***" (Jn. I:12) según el espíritu de Jesucristo[7] en su plenitud y el testimonio de los Evangelios, huyendo de la estrechez establecida en determinadas confesiones religiosas, particularmente en el catolicismo, donde fue educado. Para Saint-Martin *"el cristianismo es el complemento del sacerdocio de Melquisedec; es el alma del Evangelio; es el que hace circular en este Evangelio todas las aguas vivas de las que las naciones tienen necesidad para apagar su sed. (…) el cristianismo nos muestra a Dios al descubierto en el seno de nuestro ser, sin el socorro de las formas y las fórmulas. (…) el cristianismo sólo puede estar compuesto de la raza santa y sacerdotal que era la del hombre primitivo, o verdadera raza sacerdotal"*[8]. *"Un Cristiano es aquél que vive en Cristo, y en quien el poder de Cristo está vivo"*[9].

∴

Partiendo de estas premisas, recordemos que un joven Papus (sólo tenía 21 años cuando funda en 1.887 la Orden Martinista), con un ingenio y una mente privilegiada como lo muestran sus obras y su intensa actividad iniciática, pone su mejor intención para congregar, en un entorno adecuado, a aquellos que de forma directa o indirecta hubiesen recibido el influjo de la actividad de Saint-Martin, y a todos los que de forma honesta y sincera quisieran participar de la luz de su obra, que ya comenzaba a estar algo olvidada. Según sus declaraciones sobre la naturaleza de la Orden Martinista y de acuerdo al antiguo ritual Martinista del siglo XVIIIº, el marco que diseñó para reunir a aquellas personas con deseo de entender y participar de la obra y el espíritu de Saint-Martin, de acuerdo a la naturaleza de sus enseñanzas, es el de una

---

[6] El Hombre Nuevo. Saint-Martin.
[7] *"Es no conocer nada de este Reparador*, dirá Saint-Martin, *querer considerarlo solamente bajo sus colores exteriores y temporales, sin remontarse, por las progresiones de la inteligencia, hasta el centro divino al que pertenece"*. (*El Ministerio del hombre espíritu*, 2ª parte, Del Hombre).
[8] *El Ministerio del hombre espíritu*, 3ª parte, De la Palabra.
[9] Vida y doctrina de Jakob Böhme. Franz Hartman. (Citas seleccionadas de la obra de J. B.)

Caballería Espiritual Cristiana operando bajo una gran discreción. En un artículo titulado "Acerca del Martinismo"[10], Papus escribe: "*La Orden Martinista es una **sociedad mística** […], un centro activo de difusión iniciática […] constituido para propagar las líneas de la **tradición occidental cristiana** […]. Otra característica es la de aceptar en su seno a hombres y mujeres […]. La tercera característica del Martinismo es la de **ser cristiano**. El Martinismo **defiende la acción del Cristo**. El Martinista es el **caballero de la idealidad cristiana**. Mediante la enseñanza oral de la tradición occidental cristiana pone a punto al alma para percibir la vivificante acción del **Verbo divino del Cristo glorioso**…*" En su obra "Martinezismo, Willermozismo, Martinismo y Francmasonería", escribe: "*… resaltemos que la Orden recibió de Saint-Martin el Pantáculo y el **nombre místico de Cristo**, [11]יהשוה, que adorna todos los documentos oficiales del Martinismo. Es necesaria la mayor fe de un clérigo para creer que ese nombre sagrado se relacione con otro diferente del de Jesús Cristo, el Divino Verbo Creador*"[12]. "*La filiación Martinista se mantuvo viva gracias a pequeños grupos muy dinámicos, que efectuando un modesto ocultismo fiel a la conservación de la tradición iniciática del espiritualismo, caracterizado por el **Misterio de la Santísima Trinidad** y los **misterios de Cristo**, la alejaron de todo sectarismo*"[13].

Señalemos también que, dada la desconfianza y los ataques que el clero del catolicismo romano ejercía en la época sobre este tipo de sociedades iniciáticas, y en particular contra aquellos ocultistas declarados como era el caso de Papus, había un posicionamiento anticlerical muy marcado que alejaba a la Orden Martinista de toda dependencia o relación con el clero.

Mucho más tarde, Jean Chaboseau reivindicaría este espíritu cristiano al observar que algunos Hermanos manifestaban cierta relajación al respecto: "***El Martinismo es cristiano**, esencial e integralmente cristiano y uno no podría concebir a un Martinista que no sea fiel a Cristo -al Cristo Jesús, único Salvador y Reconciliador, Encarnación del Verbo*"[14].

Papus planteó así las líneas maestras de esta caballería espiritual y moral basada principalmente en la caridad cristiana, y contrariamente a lo que puedan pensar algunos frente al volumen y la diversidad de su obra, interesada en divulgar y justificar aquello que hasta la época era denominado "Ciencia oculta", nos da muestras de estos ideales sin distracciones: "*El camino del desarrollo espiritual es sencillo y claro: vivir siempre para los demás y nunca para uno mismo, hacer a los demás lo que os gustaría que os fuera hecho en todos los niveles; jamás hablar mal ni pensar mal de los ausentes. Hacer antes lo que cuesta que lo que gusta. Éstas son algunas de las fórmulas de este **camino que conduce a la humildad y la oración**. […] El camino místico necesita pues de una ayuda permanente en todos los niveles de evolución y de percepción. En el plano físico, ayuda de los compañeros y de los **maestros que enseñan con el ejemplo**; en el plano astral, ayuda de los **pensamientos de devoción y de caridad** que iluminan el camino y permiten superar las pruebas por la paz del corazón; finalmente, en el plano espiritual, **ayuda de los espíritus guardianes** mantenida por la compasión por todos los pecadores, la indulgencia por todas las debilidades humanas, y la oración por todos los ciegos y los enemigos. Entonces las sombras terrestres se disuelven poco a poco, la cortina se descorre durante unos segundos y la sensación divina de la **Oración comprendida** llena el corazón de coraje y de amor*"[15].

---

[10] El contenido de este artículo aparece recogido en la obra del mismo autor "La Ciencia de los Magos" y en otras de sus obras.

[11] "*Emblema de la redención del hombre*" y "*nombre del Nazareno*". "Rituel de l'Ordre Martiniste" escrito por Téder; reproducción integral de la edición de Dorbon, París - 1.913. Ed. Télètes, París, 2002. Pág. 88.

[12] Martinezismo, Willermozismo, Martinismo y Francmasonería. Cap. II, 1.2 B): Carácter esencialmente cristiano del Martinismo. Papus.

[13] Martinezismo, Willermozismo, Martinismo y Francmasonería. Cap. III, 1: Filiación Martinista: Saint-Martin, Chaptal y Delaage. Papus.

[14] Carta de dimisión de Jean Chaboseau como Gran Maestro de la Orden Martinista Tradicional. Septiembre de 1.947. Boletín Informativo del G.E.I.M.M.E. nº 7.

[15] La Ciencia de los Magos. Papus. Ediciones Abraxas, Barcelona, 2.006. Pág. 138, 139.

Con estos ideales, que inspiran el ritual Martinista, la invocación en todos los trabajos de **Ieshuah**, el divino Reparador, y *"bajo los auspicios del Filósofo Desconocido, nuestro Venerable Maestro"*, se opera en la búsqueda y la realización de la única iniciación que proclama Saint-Martin como verdadera: *"aquella por la que podemos entrar en el corazón de Dios, y hacer entrar el corazón de Dios en nosotros, para hacer un matrimonio indisoluble, que nos haga* ***el amigo, el hermano y el esposo de nuestro divino Reparador****"*[16].

∴

Reconociendo el carácter místico y cristiano de la Orden, respetando en todo momento la libertad del individuo, agrupando a aquellos que **silenciosa y pacientemente buscan la verdad**, siempre se ha mantenido en el Martinismo un espíritu abierto y respetuoso con otras vías tradicionales, pues la experiencia de lo divino trasciende a las formas que se acercan a ella y, lejos de separar, une aún más a los hombres que se reconocen así como participando de la misma naturaleza celestial; pero le será más difícil mantener el rumbo adecuado al peregrino que se distrae en los cruces de caminos. R. Ambelain nos dice: "*La Verdad es una, y las doctrinas esotéricas no son más que rayos que de ella escapan. Sin duda. Pero es necesario que cada una ocupe su lugar; no es armonioso que un lama predique el evangelio, que un imán enseñe el tantrismo, que un yogui sólo afirme las Tríadas y que un cabalista se declare taoísta*"[17]. Respetando así las vías que han sido abiertas, la ascesis Martinista sigue la luz de **Ieshuah**, nuestro guía, el Reparador, encarnado para guiarnos en el camino de la Reintegración renaciendo continuamente en los corazones iluminados e inflamados por el Espíritu Santo. Pero es que la Potencia de este Reparador, ***Espíritu doblemente fuerte u Octonario***[18] que Dios envió para regenerar al Adán Kadmón caído en la materia, es universal. "*Toda la* ***religión Cristiana*** *[religión en su verdadero sentido de religar al hombre con Dios] está basada en el* ***conocimiento de nuestro origen, de nuestra actual condición y de nuestro destino****. Ella muestra primero* ***cómo de la unidad caímos en la diversidad, y cómo podemos retornar al estado primordial****. Segundo, muestra* ***lo que éramos antes de volvernos desunidos****. En tercer lugar,* ***explica la causa de la continuación de nuestra presente desunión****. Y, en cuarto lugar,* ***nos instruye sobre el destino final de los elementos mortales e inmortales dentro de nuestra constitución. Todas las enseñanzas de Cristo no tienen otro objetivo que el de mostrar el camino para volver a ascender de un estado de diversidad y diferenciación a nuestra unidad original****…*"[19], porque "*Todo lo que es coeterno con ella [con la Unidad] es perfecto. Todo lo que se separa de ella está alterado o es falso*"[20]. Esta es la enseñanza de nuestras Luminarias: "***la diversidad retornando siempre hacia la Unidad***"[21]. Sólo en este sentido puede el Martinista ser considerado **FILÓSOFO O AGENTE DE LA UNIDAD**, título que jamás adquirirá a través de la ciencia del hombre ni a través de sincretismo de ningún tipo, ya que "*Todas nuestras disputas y especulaciones intelectuales con relación a los misterios divinos son inútiles, pues se originan en fuentes externas.* ***Los misterios de Dios sólo pueden ser conocidos por Dios; para conocerlos debemos primero buscar a Dios en nuestro propio centro****. Nuestra razón y voluntad deben retornar a la* ***fuente interior*** *de la cual se originan; entonces llegaremos a la* ***verdadera ciencia de Dios*** *y sus atributos*"[22]. Si dedicamos nuestra vida sólo a cultivar el saber intelectual cuya complejidad

---

[16] Carta a Kirchberger, 19 de junio de 1797.
[17] Le Martinisme. Histoire et doctrine. Robert Ambelain. Ed. Niclaus, París. Pág. 158.
[18] Doctrina de la Reintegración de los seres. Martinez de Pasqually.
[19] Vida y doctrina de Jakob Böhme. Franz Hartman. (Citas seleccionadas de la obra de J. B.)
[20] De los Números. Epígrafe X. Saint-Martin.
[21] "Rituel de l'Ordre Martiniste" escrito por Téder; reproducción integral de la edición de Dorbon, París - 1.913. Ed. Télètes, París, 2002. Pág. 61.
[22] Vida y doctrina de Jakob Böhme. Franz Hartman. (Citas seleccionadas de la obra de J. B.)

hunde sus raíces en la imaginación y la razón humanas, percibiremos que cuanto más aprendemos, más se aleja de nosotros el límite de lo que nos queda por aprender. Pero si en un solo instante nuestro corazón se abre a la fuente divina, la gnosis eterna, ***Sophia***, romperá el velo que envuelve nuestro verdadero entendimiento revelándonos la sabiduría celeste, aquella de la cual la verdad humana no es más que un sombrío reflejo desfigurado y a veces pervertido. Es así que, repito una vez más, el verdadero cristianismo se hace universal, pues abiertos los ojos del espíritu, el ser regenerado se da cuenta de que *"Todos nuestros sistemas religiosos no pasan de ser obras del intelecto. Debemos repudiar todos los deseos personales, disputas, ciencias y voluntad, si queremos restaurar la armonía con la madre que nos dio nacimiento en el principio; por el momento, nuestra alma es el quintal de centenas de animales maliciosos, que nosotros mismos colocamos allá, en el lugar de Dios, y a los cuales adoramos como si fuesen dioses. Tales animales deben morir antes que el principio Crístico pueda comenzar a vivir.* ***El hombre debe retornar a su estado natural (pureza original), antes de poder volverse divino****". "****Sólo aquél en quien el Cristo existe y vive es un Cristiano****, un hombre en quien el Cristo surgió de la carne estéril de Adán. Él será un* ***heredero de Cristo*** *–no por cuenta de méritos de nadie, ni por ningún favor concedido a él por un poder externo, sino* ***por la gracia interna****". "****Él*** *[el verdadero cristiano]* ***posee una única ciencia, que es la del Cristo interior; sólo tiene un deseo, hacer el bien****"*[23]. Si entendemos correctamente esto comprenderemos por qué *"el propósito de nuestra Orden no es el de establecer maestros dogmáticos, sino más bien, al contrario, agrupar a sinceros estudiantes devotos de la hermandad de la verdad universal"*, oponiéndose a todo *"dogma, ostracismo y fanatismo"*. Desafortunadamente, quien no alcanza a entender el verdadero sentido de estas palabras en el contexto natural que les corresponde, camina justo en sentido contrario, no hacia el origen unificador del Cristo, sino hacia una proyección que divide hasta el infinito a la frágil razón humana, que se cree poderosa cuanto más atrapada se encuentra en la imaginación demoniaca y más se pierde así en los valles tenebrosos de la muerte. *"Feliz, en verdad, es ese hombre que encuentra la sabiduría que le unifica y le une a Dios"*[24].

∴

Quisiera aclarar aquí que, a menudo, algunas veces por ignorancia y otras por intentar justificar una transmisión iniciática horizontal según los usos ceremoniales o rituales, se pretende equiparar la Iniciación, tal como la concibe Saint-Martin, con esta otra que se dispensa en el seno de la Orden Martinista, tal como fue ordenada por Papus, y que se fue desarrollando con ciertos matices según las distintas ramas que han surgido de la Orden primera. Esto es absurdo, pues tal como hemos dicho, la Iniciación que proclama Saint-Martin es algo interno que ocurre en el corazón del hombre, en su fondo, en su esencia, revelándose finalmente como una teofanía, una obra de generación de la presencia divina, pues Dios, el Verbo, se manifiesta sustancialmente como Dios en el hombre, Dios manifestado por el hombre, Dios pronunciando su Verbo en nosotros, *Emmanuel*, el Hijo amado del Padre surgiendo de las profundidades del abismo insondable de nuestro ser: *"…el Dios único que ha elegido su santuario único en el corazón del hombre, y en este hijo querido del espíritu que todos debemos hacer nacer en nosotros…"*[25]. Es evidente que esta **revolución interior** no puede ser concedida por nadie, porque es fruto y consecuencia de la regeneración que sólo el ser, **por sí mismo**, puede llevar a cabo con la ayuda de Dios. *"Las sociedades iniciáticas* –nos dice Papus- *tienen por objeto principal desarrollar la*

[23] Vida y doctrina de Jakob Böhme. Franz Hartman. (Citas seleccionadas de la obra de J. B.)
[24] La nube del no-saber y el libro de la orientación particular. Anónimo inglés s. XIV. Ed. San Pablo, 1.981. Pág. 224.
[25] El Hombre nuevo, epígrafe 27. Saint-Martin.

naturaleza humana y hacerla apta para recibir las influencias directas de los planos superiores. Deben desarrollar, sobre todo, la intelectualidad sin descuidar la espiritualidad; he aquí uno de los axiomas que enseñan: ***la iniciación es siempre individual*** *y la sociedad no puede más que enseñar la ruta, para evitar los senderos peligrosos"*[26]. Y en el caso que nos ocupa, esta ruta viene trazada en la Obra de Saint-Martin, a cuyo estudio y asimilación está dedicado todo Martinista para llegar a alcanzar el estado de regeneración espiritual del que hemos hablado. La Orden Martinista se convierte así en una **congregación fraternal de *Hombres de Deseo*** animados por aspiraciones puras a convertirse en *Hombres Nuevos*, y si la gracia les alcanza, en *Hombres Espíritu*, verdaderos Hijos de Dios.

Robert Amadou nos dice al respecto de la iniciación en el seno de la Orden Martinista: *"Reconozcamos, todavía, que la iniciación ritual es el medio más común y el más fácil de ingresar en la Orden Martinista. Ella proporciona a todo aquél que la recibe una poderosa ayuda. Un* ***auxilio místico****, en primer lugar, de los Hermanos pasados o presentes, en comunión de los cuales nos permite entrar más fácilmente.* ***Ayuda moral y también material*** *de los miembros contemporáneos.* ***Auxilio intelectual*** *por el socorro que solicita en el estudio de la doctrina, sea por trabajos en común, sea por la voz de los adeptos más avanzados, sea, principalmente, por las tradiciones de las cuales esos adeptos son el reflejo y que duermen en el seno de la Orden, no esperando sino un príncipe cuyo amor vendrá a despertarlas"*[27].

∴

Papus fue también el principal animador de un movimiento de renovación, a finales del siglo XIXº, de los estudios esotéricos. Rodeado de escritores de talento, investigadores y eruditos, se propuso, y así lo hizo, hacer llegar al público, incluso a los menos enterados, esta forma misteriosa y peculiar de comprender el universo, la metafísica y la ciencia. Pero la prolífica obra y actividad de Papus no siempre ha ayudado a mantener el Martinismo dentro de lo que deberían ser sus legítimos límites, al igual que algunos de sus colaboradores que participaban también de un afán por reunir el conocimiento disperso a través de las distintas tradiciones. De aquí que se hayan añadido al estudio de la doctrina Martinista conceptos provenientes de la kábala, la astrología, el hermetismo, la magia, el tarot, la alquimia, etc., y esto se ha incrementado en mayor o menor medida según nuevos desarrollos han venido separándose del origen. Ya en los rituales preparados por Teder[28] para masonizar la Orden, aprobados por el Supremo Consejo de la misma en 1.913, se pretende hacer del Martinismo un receptáculo de las claves de la Sabiduría Antigua según la historia del hermetismo, de sus doctrinas, de sus ritos, de sus ceremonias y de sus hieroglifos, recogiendo así ciertas tradiciones rosicrucianas herméticas y cabalistas, todo esto mezclado con continuas referencias al Filósofo Desconocido y a su primer maestro, Martinez de Pasqually, olvidando, tal como advertía Saint-Martin, que *"la posesión de todas las ciencias posibles sólo sería para nosotros un tesoro embarazoso, dudoso e incluso pernicioso, si no hemos sido bien instruidos por adelantado sobre cuál debe ser su verdadero objetivo, y cuáles son los medios que tenemos continuamente que tomar para cumplir perfectamente su objeto"*[29]. Fue muy fácil y muy seductor caer en los mismos errores que intentó combatir Saint-Martin al separarse del sistema masónico, sobre el que Teder quería volver a fundamentar de nuevo el Martinismo, intento que el propio destino abortó, si es que podemos hablar de destino donde la providencia divina actúa. Esto provocó que, tras la muerte de Papus,

[26] Tratado elemental de Ciencia Oculta. Papus. Ed. Humanitas, Barcelona, 1.988. Pág. 290.
[27] Louis Claude de Saint-Martin y el Martinismo. Robert Amadou.
[28] "Rituel de l'Ordre Martiniste" escrito por Téder; reproducción integral de la edición de Dorbon, París - 1.913. Ed. Télètes, París, 2002.
[29] Las Vías de la Sabiduría, Obras póstumas. Saint-Martin.

un grupo de Hermanos y Hermanas retomara el primer espíritu de la Orden volviendo a la sencillez de sus primeros rituales, dando nacimiento así a la Orden Martinista & Sinárquica que se ha mantenido activa hasta nuestros días.

No podemos negar que ninguna rama del Martinismo moderno ha quedado exenta de esta influencia ocultista, más o menos, y es por ello que, en los tiempos actuales, ha llegado la hora de poner orden dentro de casa y separar lo propio de lo ajeno, recobrando así la verdadera identidad que por su naturaleza intrínseca, de acuerdo a su origen verdadero, le corresponde al Martinismo. No quiero restar importancia ni menospreciar otras importantes tradiciones, muy al contrario, siento por ellas un profundo respeto, pero creo que no forman parte del sistema que nos es propio y que se ha dado en llamar la "**vía del corazón**" o una "**teúrgia intracardiaca**", de la cual Saint-Martin dice: "***tenemos lo interno que lo enseña todo y protege de todo, el corazón, donde todo pasa entre Dios y el hombre, por la mediación única de Cristo y los desposorios de la sabiduría. El reencuentro con la cosa se hace místico***"[30].

En los prolegómenos de los primeros "Cuadernos de la Orden reservados a las Logias Regulares y a los Iniciadores"[31], redactados entre 1.887 y 1.891, se hace la siguiente referencia a Nuestro Venerable Maestro, dicho el Filósofo Desconocido: "*Iniciado en la práctica del hermetismo por Martinez de Pasqually, en el conocimiento del Absoluto por mediación de las obras de Jakob Böhme, Saint-Martin defendió siempre la pureza de la Tradición contra las usurpaciones de los profanadores*". Si Saint-Martin pudiese ver las aberraciones que han aparecido y siguen apareciendo en relación con su nombre y su obra, posiblemente se hubiese avergonzado de lo que algunos proclaman o han proclamado como Martinismo, pues los profanadores han terminado por usurpar el mismo título de "Martinista".

∴

Cualquiera que sea el vehículo, **la iniciación Martinista debe estar totalmente penetrada por el espíritu de Saint-Martin**. Por lo tanto, Hermanos Martinistas, pongamos manos a la obra y no perdamos más tiempo con distracciones que, la mayoría de las veces, sólo nos conducen a dar vueltas en un círculo sin principio ni fin, y cuando invoquemos a los Maestros Pasados, pidamos ayuda para reconocer el verdadero Camino de la Reintegración, **la Ruta Interior que le trazó el Filósofo Desconocido** por la voz grave y amable de Louis-Claude de Saint-Martin. Nuestro camino es silencioso y más bien solitario, y nuestros trabajos colectivos están imbuidos de caridad[32] cristiana y, como consecuencia de ello, de una profunda y sincera fraternidad entre los miembros. Un Templo Martinista jamás puede ser manchado por el fanatismo, la animosidad, la falsedad y la discordia, y siempre deben habitar en él la caridad, la paz, la verdad, la bondad, la compasión y la comprensión. ***"Que la paz, la alegría y la caridad permanezcan en nuestros pensamientos, en nuestros labios y en nuestros corazones, ahora y por toda la eternidad"***, para que podamos ser reconocidos por nuestros Hermanos y nuestros Maestros, tanto visibles como invisibles.

[30] Robert Amadou, Introducción, en el Tratado sobre la Reintegración, Colección Martinista, 1.995.
[31] Documents Martinistes, Nº 14. "Cahiers de l'Ordre au temps de Papus". Robert Amadou.
[32] "*Ved cómo el amor conduce a la caridad, y, en efecto, durante este paso temporal, el amor no puede tener otra base, puesto que es por la caridad que las virtudes divinas descienden hasta la estancia de nuestra corrupción; puesto que es por la caridad que el universo tuvo nacimiento y se sostiene; puesto que es por la caridad que se disolverá, para que el tiempo de expiación llegue a su fin, la paz reaparezca en Israel, y el corazón del hombre vaya a regarse directamente a su fuente*". Las Vías de la Sabiduría, Obras póstumas. Saint-Martin. Ver también el "Himno al amor cristiano", Primera Carta a los Corintios, 13 (San Pablo).

Tal es la obra a cumplir en el seno de nuestra Orden, que debe emular en lo posible esa "Sociedad" pensada por Saint-Martin como una **Fraternidad del Bien**, de **Hermanos Silenciosos e Invisibles** consagrando sus trabajos a la **celebración de los misterios del nacimiento del Verbo en el alma**, círculo íntimo de piadosos **Servidores de Ieshuah**, que no debería tener *"ninguna especie de parecido con ninguna de las sociedades conocidas"*[33].

Nuestras *"enseñanzas son elementales, los símbolos poco numerosos, pero suficientes al modesto objetivo de nuestra Orden. Sus miembros conocen pocas cosas, pero las conocen bien y poseen los elementos de un desarrollo personal que puede conducirles aún más lejos. Desconocidos y Silenciosos, no esperan otra cosa de sus trabajos que la infinita satisfacción que procura la seguridad de una **conciencia pura** y de **un corazón dispuesto a todos los sacrificios por la humanidad**"*[34].

Madrid, 9 de Marzo de 2.008



[33] El Cocodrilo, canto 14. Saint-Martin.
[34] Documents Martinistes, Nº 14. "Cahiers de l'Ordre au temps de Papus", "But de l'Ordre". Robert Amadou.

LOS ÉLUS COHEN Y LA TRADICIÓN OCULTISTA

GNOSTICISMO Y MISTICISMO RACIONALISTA

René Le Forestier

[Continuación de los Boletines nº 10, 11, 12, 14 y 15 – Fin del Libro II]

El punto de vista en el que se sitúa la Reintegración ante el Dios de los cristianos lo asimila a uno de los Espíritus divinos del Supraceleste, recordando totalmente el procedimiento de los doctores gnósticos como Valentín, Ptolomeo, Heracleón, Marción y Apelios, que habían hecho entrar a la persona de Jesús en el mundo de las ideas que les eran familiares, identificándolo con uno de los Eones[35]. El tratado de Pasqually presenta otras analogías sorprendentes con las obras gnósticas: revelaciones sobre el invisible, sobre la jerarquía de las entidades divinas, sobre las revoluciones del mundo transcendente, sobre las relaciones de ese mundo con la humanidad[36] que emparenta muy de cerca al cristianismo de los Élus Cohen con la teosofía gnóstica.

[35] De Faye: *Gnostiques et Gnosticisme*, p. 433. Hay que señalar que la actitud adoptada por Pasqually ante el cristianismo es mucho más nítida que la que toma con el Talmud. Condena el dogma de la Trinidad y el de la divinidad de Jesús, dejándose a continuación seducir por las imágenes y los dogmas cristianos. Toma de los Evangelios las apologías de la viga y la paja, de los trabajadores de la viña y de la curación del hijo del centurión. Cree en los ángeles guardianes y admite una especie de Purgatorio donde los pecados veniales son purificados por los sufrimientos y de donde se puede ser rescatado por las limosnas y oraciones de los fieles (Bischoff: *Thalmud, passim*). Pasqually, por el contrario, sólo añade los dogmas que tienen un carácter específicamente cristiano únicamente para ajustarlos a sus doctrinas. El Espíritu Santo, del cual hace leer el oficio a sus adeptos en un breviario católico, no es otra cosa que el Ruach, la emanación espiritual de Jehovah que inspira a los profetas y es materializado, o más bien individualizado, por los Espíritus del Supraceleste. El papel que en la Reintegración atribuye a este "Dios el Hijo en presencia del cual toda la creación ha sido operada por el Creador" y que "decía a cada operación divina: está bien", corresponde a aquél que actúa en los Proverbios (VIII: 22 ss.) y en el Targum de Jerusalén a la Sabiduría Divina asistiendo a la creación del mundo (Bischoff: *Kabbalah*, p. 9-11).

[36] De Faye, op. cit., p.42.

La relación común más sorprendente es la doctrina de la emanación, a la cual Pasqually se adhiere expresamente profesando que "todo ser espiritual viene directamente de la emanación eterna" del Primer Principio[37], de forma que "estos seres espirituales se encuentran ciertamente innatos en la divinidad"[38] y "que una esencia espirituosa (material) jamás ha podido existir ni existirá jamás en la inmensidad divina, que es la residencia de los Espíritus puros donde se opera toda emanación divina y de donde proviene toda especie de emanación"[39].

Se puede objetar, ciertamente, que esta doctrina, que se remonta a la teología caldea, nació antes de la escuela de Basilides y Valentín, pero lo que es específicamente gnóstico es la tesis según la cual la formación de la materia es debida a una revolución provocada en el mundo transcendente por una falta cometida contra el Padre, y que los acontecimientos que se sucedieron en lo alto tuvieron una repercusión sobre la constitución del cosmos y sobre el destino de la humanidad. En el mito de Sophia, nacido de la imaginación creativa de Valentín, los materiales del mundo sensible, que es el Mal, nacen del pecado del trigésimo Eón que ha querido contemplar al Padre, al igual que en la Reintegración la falta capital de Adán fue "el pensamiento que quiso leer en la potencia divina"[40]. Para la Escuela Gnóstica, la creación es la conse-

[37] I, 176.
[38] I, 177.
[39] I, 309.
[40] I, 15.

cuencia de la caída de algunos de los primeros Espíritus, y Pasqually se expresa como uno de los doctores de dicha escuela cuando escribe: "Sin la prevaricación de los demonios, no habría tenido lugar la creación material temporal, sea terrestre o celeste"[41]; "el cambio que operó la prevaricación de los Espíritus perversos fue tan grande que el Creador hizo fuerza de ley (hizo sentir su potencia, imponiendo su ley), no solamente contra esos prevaricadores, sino en las diferentes clases de la inmensidad divina. Tú debes de concebirlo (es Moisés quién habla a Israel) por la vía de la confusión que conduces aquí abajo, por la creación del tiempo y por las diferentes acciones que se operaron en el supraceleste, el celeste y el terrestre, donde todo te enseña el cambio universal producido por esa prevaricación"[42].

Otro principio admitido por los Gnósticos, y que es, por cierto, la base de todas las religiones y de todos los sistemas filosóficos que se apoyan en el dualismo, es que la vida o existencia resulta del antagonismo activo del Buen Principio (espíritu divino) y del Principio Malvado (materia), o más bien del obstáculo que el segundo opone al primero y que éste debe remontar. Pasqually expone esta idea de pasada pero con claridad: "Todo se opera en el universo por acción y contracción (reacción); sin esto no habría movimiento ni vida, y sin la vida, no habría formas corporales"[43]. Esta ley del mundo material es también así para el mundo inteligible: "Sin la reacción demoniaca nada tendría vida espiritual fuera de la circunferencia divina"[44].

Pasqually enseña, como hacen los Gnósticos, que el alma humana es una emanación de la substancia divina, que después de decaer se encuentra aquí abajo en prisión en el seno de la materia, y que no podría salir de ella si no viniese en su ayuda un ser divino con el fin de hacerla recordar su noble origen y prometerle la salvación.

A la división en tres clases que los Gnósticos hacen de la humanidad: Pneumáticos, que poseen la Gnosis y la revelan a los demás hombres; Psíquicos, que pueden ser salvados, si escuchan la enseñanza de los Pneumáticos; Hílicos, incapaces de desatarse de las ligaduras de la materia y fatalmente condenados, corresponde exactamente la distinción que establece Pasqually entre los Élus Espirituales, o Menores Élus, que se comunican con los Espíritus que habitan el círculo divino, recibiendo sus instrucciones y transmitiéndolas a los Menores ordinarios; Menores Espirituales, cuyo tipo es la primera posteridad de Noé "que practicaba un culto mixto de lo espiritual y material terrestre"; y finalmente los Menores hijos de Caín, "hombres temporales terrestres", para los cuales "la conducción de todas las operaciones espirituales es un misterio, porque no se ocupan más que del culto de la tierra"[45]. El determinismo, común a los dos sistemas, se pone fuertemente de relieve en el tratado de Pasqually. Sólo, dice, "la posteridad menor espiritual de Adán" volverá a entrar en el círculo cuaternario del que sólo estará excluida "por toda la duración de los tiempos"[46]. "El nombre de Seth significa: ser admitido al verdadero culto divino o ejecutor perfecto de la manifestación de la gloria y de la justicia divinas. Por todo ello, la posteridad de Seth fue llamada: Hijos de Dios y no Hijos de los Hombres. Este título de Hijos de los Hombres fue reservado a la posteridad femenina de Caín que fue creada por la operación de los demonios, porque su origen corporal primero proviene de la única facultad (del único efecto) de la operación del Primer Hombre que fue el sujeto (la causa) de su prevaricación"[47]. En

[41] I, 300.
[42] I, 313.
[43] I, 259.
[44] I, 259.
[45] I, 186.
[46] I, 299.
[47] I, 365-366.

consecuencia Seth defendió a su hijo Enós de "toda unión con los profanos o Hijos de los Hombres, es decir, las hijas concubinas de la posteridad de Caín, por lo que esta raza jamás se unió con los Hijos de Dios que formaban la posteridad de Seth"[48]. "Los incrédulos se encontrarán hasta el final de los siglos en la privación de la luz divina"[49], eso fue lo que anunció el cuervo soltado por Noé al final del Diluvio: habiendo seguido su ruta hacia el Mediodía, estancia de los réprobos, "no volvió a unirse al Arca para mostrar la separación que el Creador hizo de la posteridad de Caín con los hijos de Seth"[50].

La predestinación, consecuencia del arbitrio divino, se manifiesta, tanto en la Reintegración como con los gnósticos, por una figura idéntica: un "sello" o "carácter", signo y condición de la salvación. "Enoch hizo pasar sobre la posteridad de los hijos de Seth el carácter o sello auténtico de su operación. Es con este sello que él marca a aquéllos que fueron dignos de acompañar al Cristo (El Reconciliador) cuando fue a rendir cuentas a su Padre"[51]. Tras su descenso a los Infiernos, el Cristo "ha librado de la servidumbre horrible a los Menores marcados con el sello de la reconciliación"[52], pues "él había puesto igualmente (él mismo) sobre los esclavos de los demonios (los Menores en privación) un carácter parecido y es por ese medio (la aparición del Cristo) que los esclavos de los demonios recibieron el sello de la reconciliación divina"[53]. Pero el Cristo no ha podido, incluso por su sacrificio, salvar a la posteridad de Caín, ya que no ha "reconciliado con Dios Padre más que a aquéllos que la operación espiritual de los Justos (manifestaciones en el curso de las Operaciones) había marcado por el sello"[54].

La idea de las reencarnaciones sucesivas del Cristo transcendente le es familiar a los Gnósticos; una teoría común a sus diversas escuelas es que la Gnosis, o conocimiento de los medios para regresar un día al orden primitivo, es decir, a la separación de los dominios del Bien y del Mal, ha sido revelada en diferentes épocas por un mediador divino[55]. Este concepto, que puede ser efecto de una influencia hindú, toma a veces una forma que recuerda la cristología de la Reintegración: una obra gnóstica importante, el Libro de Elchasaï, mostraba al Cristo tomando la figura de Adán y después la de Enoch y otros Patriarcas[56].

A estas concordancias principales se añaden semejanzas, secundarias, pero muy sorprendentes.

El nombre de *ê klésis* (llamada, convocación) dado por Heraclión, discípulo de Valentín, a la clase de los Psíquicos "que quieren ir al Señor", hace pensar a los "hombres de deseo" para los cuales escribe Pasqually, y es la imagen del Demiurgo gnóstico, creador del mundo material, que parece se está presentando a su espíritu cuando escribe en su tratado: "En el cuadro espiritual (concebido por la imaginación del Dios supremo) estaba comprendido todo ser corporal; pero siempre sin substancia de materia. Ese cuadro contenía principalmente al Menor Espiritual que debía contribuir a la formación de los cuerpos"[57].

En el sistema de Marción, los primeros Espíritus emanados quisieron crear sin que lo conociera la Causa Primera; el Primer

[48] I, 130.
[49] I, 115.
[50] I, 173.
[51] I, 48.
[52] I, 42.
[53] I, 45.

[54] El sello que reciben los que serían salvados era probablemente una imitación de la Tau que el Libro de Ezequiel (IX:4-6) ponía sobre la frente de los judíos de Jerusalén que no habían sacrificado a los ídolos, pero esta era para los Gnósticos un medió mágico de asegurar la salvación de los Psíquicos
[55] Alfarie: *Ecritures manichéennes*, I, 1-2.
[56] Alfaric: op. cit. II, 213.Pasqually parece haber copiado un texto gnóstico cuando define al Cristo: "Hijo Divino, tipo de la acción divina en la gran posteridad de Dios que proviene de él, en el que la elección es la manifestación de Dios operándose" (I, 234).
[57] I, 116.

Hombre cometió la misma falta engendrando primero a la mujer, ser material cuya cifra es el Tres, y después una posteridad de seres de materia en el fondo malvados, y es entonces que el Adán de la Reintegración, creador de Houwa y castigado por ese crimen, llama al Dios de Israel, presentado por Appelo, discípulo de Marción, como un Espíritu autor del mal revistiendo a las almas de una substancia pecaminosa, y los Arcontes, hijos de Aclamas que, después del IVº Libro de la Pistis Sophia, fueron unidos por Jéû a la esfera del Zodiaco en expiación de la falta que habían cometido procreando, a pesar de su defensa, de los Arcángeles, Ángeles, Litúrgos y Decanos.

Los Barbelo-Gnósticos o discípulos de la Madre, razonaban que cuando Adán y Eva, expulsados del Paraíso, entraron en el mundo sensible, sus cuerpos se volvieron ásperos y espesos, dejando de ser luminosos.

La mayoría de los personajes bíblicos a los que Pasqually hace ser mecanismos del Espíritu divino eran particularmente reverenciados por los gnósticos en calidad de doctores del Conocimiento. Invocaban los Apocalipsis de Adán y su Testamento redactado por Seth. Los Setianos y los Arcontitas presentaban a Seth que, nacido de una simiente pura, había reemplazado a Abel, asesinado por Caín, como guía en la vía de la salvación. Ellos poseían de él siete Libros donde había consignado las revelaciones que le había hecho un ángel y aseguraban que, después del Diluvio, la raza maldita de Cham se expandió por toda la tierra; la Madre resucitó a Seth bajo la forma del Cristo[58]. El ciclo de la gnosis cristiana, que se había formado con los Sabeos y comprendía los Testamentos de Adán y los Libros de Seth, tenía también revelaciones de Henoch bajo cuyo nombre fueron publicadas por los cristianos gnósticos obras que describen las esferas celestes y anuncian el advenimiento del Cristo. La Pistis Sophia le atribuía los dos Libros de Jéû que relataban la caída del alma y su elevación[59]. Tras una leyenda aportada por un tratado gnóstico, Melquisedec fue constituido por Noé, en su lecho de muerte, guardián de la tumba de Adán y sacerdote del Muy Alto. Una literatura abundante parece haber circulado bajo su nombre en el primer siglo de nuestra era y la Pistis Sophia recoge numerosos restos; en uno de esos legendarios relatos, atribuido a Athanas, Melquisedec recibe la visita de Abraham a quien Dios le había presentado como una imagen de su Hijo bien amado; este tema ha sido desarrollado extensamente por numerosos autores gnósticos, y el maniqueo Hierakas definía a Melquisedec como el Espíritu divino aparecido aquí abajo[60]. Entre los Arcontitas, los Ofitas y los Valentinianos circulaba un Apocalipsis de Elías y una Ascensión de Isaías que tenían relaciones muy estrechas; mostraban al Vidente ascendiendo en espíritu a través de los siete cielos hasta el trono del Muy-Alto y regresando con el Cristo que revestía sucesivamente las formas de los cielos intermediarios para tomar finalmente en la tierra una figura humana[61].

Sobre tres puntos: astrología, exégesis alegórica y aritmosofía, las analogías están particularmente marcadas. La mayoría, por no decir la totalidad, de los sistemas gnósticos están obsesionados por la idea de la fatalidad astral y otorgan a los siete planetas un papel preponderante en sus especulaciones. Los principales directores de la secta profesaban que la Gnosis estaba contenida en la Biblia y en los escritos apostólicos y que debía de ser extraída por interpretación alegórica de la que una tradición secreta indicaba las leyes. Basilides daba a los iniciados una enseñanza esotérica; Ptolomeo hace alusión a las instrucciones dadas ocultamente que la Escuela

[58] Alfaric: op. cit., I, 2-8; de Faye, opp. cit, p. 333-335.

[59] Alfaric: op. cit., II, 153-154.

[60] Alfaric: op. cit., II, 156.

[61] Ibid., II, 158.

pretendía tener del mismísimo Jesús y que habrían sido recibidas directamente por tradición oral. Muchos gnósticos, como los Marcionitas entre otros, se consagraban a la interpretación mística del Génesis y del Éxodo; los de Roma, en donde Hipólito recoge las doctrinas en sus *Philosophumena*, buscaban el sentido secreto del Pentateuco y del Nuevo Testamento; Heracleón interpretó alegóricamente el IVº Evangelio y sus comentarios extremadamente ingeniosos de las parábolas de la Samaritana, del hijo enfermo del centurión y del descenso de Jesús a Cafarnaúm, son los jefes de obra de la exégesis mística; Ptolomeo escribió un comentario simbólico del Prólogo de San Juan.

La ciencia secreta de los números ha sido practicada por casi todos los gnósticos, pero principalmente por los miembros del grupo romano que, en el siglo IIIº después de Jesucristo, se encontraban muy versados en la aritmética pitagórica puesta de moda por los neopitagóricos. En el siglo precedente un discípulo de Valentín, Marcus, había aplicado la aritmética mística a la teología de su maestro, el cual le habría podido enseñar este tipo de especulación; para Valentín, las dos primeras parejas del Pleroma formaron la poderosa Tetractis, las cuatro primeras parejas, formaron la Ogdoada suprema, los 5º y 6º Eones, Verbo y Vida, emanan cinco Sicigias de donde nace la Década; Marcus, por su parte, compuso dos glosas numéricas sobre el Pleroma, sus dos Tétradas, su Ogdoada, su Década, su Dodécada, sus treinta Eones y también, acompañando las letras a los números que expresaban en griego, sobre los nombres de los Eones, de Cristo y de Jesús; Para los Barbelo-Gnósticos el Eón incorruptible, o Iglesia, está formado de cuatro hipóstasis; en el sistema de los Arcontitas la Madre, fuerza de luz, reside con los ángeles en la Ogdoada que es la residencia del Buen Principio, mientras que la Hepteada, compuesta de siete ciclos guardados por los Arcontes, es la estancia de la necesidad, es decir, de las leyes físicas; Basilides compuso su Abraxas por el método numérico-literal; Heracleón forma la Tétrada con los cuatro primeros Eones y hace del Seis el número de la materia, sitúa a los Pneumáticos en la Ogdoada y a los Psíquicos en la Hepteada[62].

∴

Por numerosas, y a veces sorprendentes, que sean las coincidencias señaladas, sin embargo no nos autorizan a ver en Pasqually un discípulo retardado de los Gnósticos. Estos edificaron su sistema en una época donde el sincretismo filosófico y religioso era una palabra de orden a seguir por todos los espíritus cultivados; tomaron de todas las manos los materiales de su edificio compuesto y, como el número de temas constituía el fondo común de las doctrinas místicas y era limitado, las diferentes disciplinas secretas nacidas en los primeros siglos de nuestra era tenían todas un cierto aire familiar. El método alegórico, por ejemplo, era entonces utilizado por todos los escribanos: paganos como Plutarco, cristianos como Orígenes o judíos como Philón, no tenía nada específicamente gnóstico. Se puede decir otro tanto de la astrología, de la pneumatología e incluso de la aritmosofía[63]. Se puede pues admitir con M. Matter que la ciencia secreta de Pasqually es una mezcla de gnosticismo y de cristianismo judaizado, ambos alimentados de la Qábala, y debemos de apresurarnos a añadir con él: "Los Gnósticos, habiendo profesado o consultado todos los sistemas de Grecia y de Oriente, y compren-

---

[62] De Faye: op. cit., p. 313-325.

[63] En un solo lugar la Reintegración nos muestra un préstamo tomado directamente de las doctrinas gnósticas. En la adición mística produciendo el Denario se expone lo siguiente:

$$10+2+3+4+5+6 = 30$$
$$30+7+8+9+1 = 55 = 5+5 = 10$$

Pasqually se detiene en el número 30 que es el de los Eones que componen el Pleroma. No se ve otra razón para poner de relieve este número del que nunca se ha hablado y que no juega ningún papel en su exégesis aritmética.

dido los textos judíos y cristianos, hay naturalmente del gnosticismo en todas las especulaciones teosóficas un poco eruditas, y no hay judío erudito o cristiano que a través de sus estudios no se haya familiarizado con algunas ideas de la Qábala"[64]. Es, en efecto, en las obras místicas judías, que habían sufrido profundamente la influencia de concepciones y símbolos gnósticos[65] y de las que la Qábala se había constituido en heredera, de donde Pasqually recogió verdaderamente los ecos de la Gnosis que resuenan a veces con claridad en su tratado. La Obra del Carro y la Obra de la Creación, de las que ya hemos tenido ocasión de hablar, surgieron en el siglo IIº después de Cristo, en la época en la que vivieron Saturnino y Basilides y en la que se formaron los sistemas gnósticos de los paganos y de los cristianos de Siria. La última obra parece haber estado basada en la emanación, cuyo principio fue admitido inmediatamente por la Qábala. La idea del papel universal de la tesis y de la antítesis en la producción de la vida cósmica ha sido largamente comentada por los doctores judíos de los que la Qábala ha recogido la enseñanza. El Zohar expone la tesis de la consecuencia ocasionada en la organización del mundo por la caída de los ángeles, después por la del hombre, y de la decadencia de la que han sido afectados como castigo del desfallecimiento primero no solamente los descendientes de Adán, sino también los seres que pueblan el cielo y aquéllos que se encuentran cercanos a la divinidad[66].

Pero, si Pasqually ha conocido indirectamente algunos de los temas rejuvenecidos y revestidos por los Gnósticos, ha ignorado los más característicos[67] y sobre todo no ha penetrado el sentido profundo de sus doctrinas ni conocido el significado exacto de las términos que tomó de forma inconsciente.

En primer lugar, no admite, como ellos, las series de emanaciones decrecientes puesto que, en su tratado, todas las emanaciones sucesivas provienen directamente de Dios y no conoce las sicigias. Pero, sobre todo, rechazaba el dualismo latente que, para los discípulos de Basilides y de Valentín, oponía la materia inerte al espíritu divino. Fiel a la tradición judía, cree en la formación del mundo ex-nihilo y profesa que Dios "ha creado todo de la nada"[68].

Como hay una incompatibilidad innata entre el concepto según el cual un Dios personal es la fuente única del ser y la teoría gnóstica, que hace surgir el universo y la vida de la mezcla de dos principios existentes por sí mismos desde la eternidad, Pasqually intentó conciliar las dos ideas antagónicas atribuyendo a la "creación" la formación de la materia y a la "emanación" el origen de los seres espirituales. "La creación no pertenece más que (no concierne más que) a la materia aparente, pero la emanación pertenece a los seres espiri-

[64] VIII, II.

[65] Vulliaud: op. cit. II, 134.

[66] Franck: Kabbale, p. 13.

[67] Saint-Martin, a quien Kirchberger había indicado los trazos gnósticos encontrados por él en la Reintegración, aseguró en su correspondencia que Pasqually jamás había hablado a sus discípulos de Sophia ni del Rey del Mundo, pero sí de María y del demonio. Matter, buen conocedor en la materia y que ha estudiado profundamente el tratado, señala que su autor no había manifiestamente leído los textos gnósticos (VIII, 12).

[68] I, 149. En un pasaje aislado Pasqually expone una teoría cosmogónica bastante curiosa y que constituye un término medio entre el concepto judío y la tesis dualista de los Gnósticos. El nacimiento del mundo material se originó de "la explosión del caos", es decir que "en el momento de la Creación, el Espíritu mayor o doblemente fuerte (Cristo transcendente, pero considerado aquí como Verbo de Dios y no como Reconciliador) ha quitado la envoltura caótica para ir a reunirse con su Padre, de forma que a partir de ese momento toda cosa se presenta como naturaleza pasiva (material) y activa (espiritual) a los ojos del Creador, conformemente a la imagen que él había formado". Este es el sentido secreto de las palabras de la Escritura: "La Luz estaba en las tinieblas y las tinieblas no la comprendieron" (I, 162). En otros términos, la substancia primitiva o caos se componía de espíritu y de materia; esta última no comenzó a existir en estado independiente más que cuando el espíritu se retiró de ella; inerte y amorfa, se encuentra entonces sujeta a todas las combinaciones y ha tomado todas las formas que se produjeron en la imaginación del Creador, y cada una de estas formas recibe la vida de un Espíritu particular que la anima.

tuales"[69]; "La materia primera fue concebida y alumbrada por el Espíritu y no emanada de él"[70]. No dice que la emanación así concebida y comprendida no es del todo la de los Gnósticos, puesto que no designa, con un término especial y cogido arbitrariamente, más que un género particular de creación: la de los Espíritus. Pasqually lo reconoce abiertamente cuando dice que: "es por (en razón de) esta multitud infinita de emanaciones de seres espirituales que Dios lleva el nombre de Creador[71]. En cuanto al mundo material, es para Pasqually, igual que para los gnósticos, una obra malvada, y no es porque provenga de la contaminación del Buen Principio por el Principio Malvado, sino porque ha sido formado para ser la prisión de los Espíritus rebeldes, puesto que "ningún Espíritu puro puede ser encerrado en un cuerpo de materia, sino aquellos que ha prevaricado"[72] y que " la materia primera no fue concebida por el Espíritu Bueno más que para contener y sujetar al Espíritu malvado en un estado de privación"[73]. Así, la materia, lejos de haber existido siempre, fue creada con un fin definido y temporal. El Caos del que habla la Biblia y que existía "al comienzo", no era más que el primer estado de la creación; la materia fue creada bajo la forma del "caos en que se encontraban encerradas las tres esencias fundamentales de todos los cuerpos que debían servir a la formación de este universo. Estas esencias estaban en una indiferencia (inercia) que las hacían susceptibles de recibir la impresión de agentes exteriores para operar a continuación según la intención del Creador"[74]. El Arca "en la que estaban contenidos los diferentes seres animales explica realmente el desarrollo caótico que contenía todo principio de creación de formas corporales"[75].

Por lo demás, la materia no tiene ninguna realidad: proviene "de la imaginación divina"[76]. Cuando el Génesis enseña que Dios ha creado todo en seis días, viene a decir que el Creador, "puro Espíritu superior al tiempo y a la duración sucesiva", ha "operado seis pensamientos divinos para la creación universal"[77]. "Es llamado el Creador porque toda su creación proviene de su imaginación y es porque su creación proviene de su imaginación pensante divina que ha producido todo lo que es llamado en su imagen"[78]. Así, la materia se desvanecería si Dios cesara da pensarla: "La misma facultad divina que ha producido todo devolverá todo a su principio y, por lo mismo que toda especie de forma ha tomado principio (ha comenzado), igualmente se disipará"[79] y "no quedará ningún vestigio de la creación universal"[80], puesto que "la materia aparente no proviene de nada, si no es de la imaginación divina, debiendo volver a la nada"[81]. "La reintegración de la forma corporal del Menor no se opera más que por medio de una putrefacción inconcebible para los mortales" (desaparición completa de la que no hay ningún ejemplo aquí abajo)[82]. Los cuerpos, formados de esta materia sin realidad substancial, sólo existen por los Espíritus

[69] I, 176.
[70] I, 373.
[71] Pasqually no siempre hace una distinción rigurosa entre la emanación tal como él la entiende y la creación propiamente dicha. La confusión de los términos revela la incertidumbre de su pensamiento. De esta forma él habla del retorno de la materia a su "principio de emanación" (I, 291) y declara "increado" al eje fuego central, "principio de la vida material y orgánica de los Espíritus inferiores que lo habitan y operan en él bajo el principio de la materia corporal aparente" (I, 306). Se supone que en este último caso quiere presentar el eje de fuego central como un intermediario entre el espíritu y la materia, idea que se encuentra en algunos filósofos naturalistas jónicos, y no estaría de menos que imagine inopinadamente un tercer tipo de formación que no es ni emanación espiritual ni creación material.
[72] I, 357.
[73] I, 373.
[74] I, 167.
[75] I, 164.
[76] I, 176.
[77] I, 124.
[78] I, 149-150.
[79] I, 150.
[80] I, 291.
[81] I, 176.
[82] I, 140.

que los habitan proporcionándolos el movimiento y la vida. "Todas las especies de formas que actúan en este universo no existen realmente en naturaleza (por el efecto de las fuerzas naturales) ni en ellas misma, sino únicamente por el ser que la anima"[83]. El cuerpo del hombre es "un órgano necesario de su alma espiritual", pero "no se debe mirar esta forma corporal como un cuerpo real de materia existente; ella no proviene más que de las primeras esencias espirituosas destinadas por el Primer Verbo de Creación a retener las diferentes impresiones convenientes a las formas que deben de ser empleadas en la creación universal. No es posible mirar las formas corporales presentes (sensibles) como reales sin admitir una materia innata en el Creador divino, lo cual repugna a su espiritualidad"[84].

Por otra parte, Pasqually no cree, como lo hacen los gnósticos, que a un período de expansión de la divinidad le sucederá un periodo de reabsorción, durante el cual los Espíritus emanados volverán a perderse en el seno del Pleroma. La emanación, tal y como él la concibe, es una creación definitiva cuyos efectos serán eternos. Los seres espirituales, afirma la Reintegración, son "reales e imperecederos", y ellos "existirán eternamente en una personalidad de distinción (personales y distintos) en el círculo de la divinidad"[85]; así, "cuando el tiempo pase (en el fin del mundo) los Espíritus que operan en el Supraceleste, el celeste y el terrestre no pasarán"[86].

Pero es por su antropología que, tal y como subraya Matter[87], Pasqually se separa más resueltamente del gnosticismo. Mientras que para éste el hombre es la criatura de los Espíritus rebeldes, que lo han formado sin la participación de la Causa Primera, y les están por tanto subordinados por su mismo origen, en la Reintegración era, primitivamente, superior en la región astral a los Espíritus que la gobiernan así como a los Espíritus perversos, y es precisamente por la falta de Adán que caímos bajo la dominación de estos últimos. En consecuencia, el objetivo al que debemos tender es, a ojos de los gnósticos la redención, es decir, a la liberación de la chispa divina que penetró, a espaldas de los Espíritus creadores del hombre, en la sangre del cuerpo material y que debe retornar a su fuente; por el contrario, según Pasqually, "la reintegración de los seres en sus primeras propiedades, virtudes y potencias espirituales y divinas"[88], es decir, la restauración del hombre sobre el trono desde donde al principio mandaba sobre todos los Espíritus buenos y malos.

Por último, sobre un punto que debía tener particularmente en el corazón en razón de sus tendencias judaizantes, Pasqually considera directamente aparte, probablemente al ejemplo de las obras talmúdicas o cabalistas en las que se inspiraba, a los gnósticos anti-bíblicos. Su jefe, Marción, en su *Antítesis*, hacía resaltar el contraste existente entre la tradición mosaica y la doctrina cristiana, oponiendo el Dios supremo, que tiene por esencia la bondad, creador del mundo invisible, desconocido de la humanidad hasta que el Cristo vino para revelar su existencia, y el Dios subalterno, creador del mundo material, Dios de la Biblia, Juez cruel y belicoso, del que Moisés había sido el intérprete. Es a esta doctrina blasfematoria sobre el Jehovah demiurgo a la que hace mención Pasqually cuando relata que "los Espíritus perversos persuadieron a los Menores de que el creador del universo había sido uno de ellos"[89], y cuando afirma enérgicamente que "toda creación proviene

[83] I, 250.
[84] I, 306.
[85] I, 176.
[86] I, 311.
[87] VIII, 355-356.

[88] Título completo del Tratado y resumen fiel de su contenido.
[89] I, 145.

directamente del Eterno y es imposible crear otro universo"[90]. Es cierto que los marcionistas, llevando hasta sus últimas consecuencias las premisas presentadas por su maestro, terminaron por identificar al Dios de la Biblia con el Diablo, a lo que responde la Reintegración cuando dice: "Estos espíritus perversos llegaron incluso a persuadir a los menores de que la Creación universal se atribuía falsamente a la Divinidad; afirmaban que ese Dios en quien creían era simplemente uno de ellos, que ordenaba sobre toda la Creación y sobre el hombre desde su venida a la tierra; defendían que los menores habían sido emanados por el gran príncipe del Mediodía, soberano de todo ser material y sobrematerial (que quiere decir "vehículo del fuego eje central incorporado a una forma"); aseveraban que debían reconocerle y cumplir ciegamente todo lo que les comunicasen sus agentes inferiores"[91].

∴

Sobre otras cuestiones importantes: carácter de la emanación, origen y naturaleza de la materia y del hombre, teoría de la involución, Pasqually se separa claramente de los Gnósticos, pero es sobre el terreno de la moral donde se abre entre las dos doctrinas un abismo infranqueable. El gnosticismo, donde la especulación se encuentra dominada por la tradición astrológica caldea, concede a la fatalidad astral una influencia tan soberana en la ética como en la física. La tiranía de los Arcontes siderales, que busca retener siempre la chispa divina en la materia donde se encuentra encerrada, pasa irrefutablemente sobre la voluntad del hombre; condena a los Hílicos a la condenación eterna; los Psíquicos no pueden liberarse por sus propias fuerzas, faltándoles, con el fin de resistir a los instintos malvados y a las tentaciones de la materia, la ayuda de la Gnosis y el auxilio de la gracia. A esta doctrina fatalista, Pasqually opone con insistencia la tesis de la libertad y la responsabilidad humanas, proposición fundada sobre el principio de la justicia distributiva que es la base de la moral bíblica, a la cual el Talmud y la Qábala han quedado invariablemente ligados[92] y que el tratado proclama con remarcado rigor: "Los Menores que al final de los tiempos no queden reconciliados serán llamados los últimos por el Eterno y la justicia que ejercerá sobre ellos será más fuerte que la que ejerza sobre los demonios, ya que el Menor había sido colmado por el Eterno de una autoridad y potencia superiores a las de los Espíritus perversos y que, más el Menor ha recibido, más le será demandado"[93].

El principio del libre arbitrio humano es tan importante a los ojos de Pasqually que, cuando diserta, olvida completamente que en otros momentos divide él mismo a la humanidad en Justos y Réprobos, en descendientes de Seth y en hijos de Caín; de estos dos conceptos yuxtapuestos y contradictorios el de la libertad de la voluntad humana lo lleva visiblemente más en el corazón.

En primer lugar, todos los Espíritus son moralmente libres una vez que han sido emanados y "emancipados". Lo mismo que Jehovah hizo, en la Biblia, una alianza con

[90] I, 167.
[91] I, 145.

[92] Los talmudistas recurren especialmente a la teoría de la reminiscencia, que les había sido transmitida probablemente por el neoplatónico Philon, un argumento en favor de la conciencia moral de donde mana la plena responsabilidad del hombre. Después el tratado Niddah comenta que las almas han tenido, durante su preexistencia y al principio de su incorporación, conocimiento de la Torah; un ángel continúa instruyendo al embrión en el curso de la gestación, dándole después, en el momento del alumbramiento, un golpe en la boca, de manera que todo lo que le ha enseñado al recién nacido le quede en el subconsciente, pero el recuerdo difuso de los preceptos de la ley sobrevive nada menos que como conciencia moral, por lo que el hombre siempre puede seguir sus buenos instintos y resistir a los malos (Bischoff: *Kabbalah*, p. 42). Philon y los talmudistas han insistido en la libertad absoluta de determinación de la que goza el hombre normal y sobre la entera responsabilidad que resulta de ello.
[93] I, 341.

Israel bajo ciertas condiciones, es decir, que concluyó con el pueblo hebreo un pacto que supuso la responsabilidad de los contratantes, igualmente el Creador, al emanar los Espíritus, hizo con ellos una "convención" fijando "los límites en que debían ejercer su potencia siguiendo las leyes, los preceptos y los mandamientos eternos", pero ellos eran, en estos límites, "libres y distintos del Creador"; denegándoles el libre arbitrio "con el que fueron emanados por leyes inmutables", esto sería destruir en ellos "la virtud (fuerza) espiritual y personal que les era necesaria para operar" (actuar)[94].

En virtud de su libertad, los Espíritus se convirtieron, por debajo de la Causa Primera, en Causas Segundas sobre las que Dios no tenía más acción, pues "Dios es un ser inmutable en sus decretos y sus dones espirituales"[95]. Este hecho explica cómo fue posible la falta de los Espíritus perversos: "Dios no podía de ninguna forma contener y detener los pensamientos criminales de los Espíritus prevaricadores sin privarles de su acción particular e innata en ellos, habiendo sido emanados para actuar según su voluntad y como causa segunda espiritual según el plan que el Creador les había trazado. El Creador no tomó parte alguna entre las causas segundas espirituales, buenas y malas, habiendo él mismo apoyado y fundado todo ser espiritual bajo leyes inmutables; por este medio todo ser espiritual es libre de actuar según su voluntad y su determinación particular"[96]. Los jefes espirituales divinos han conservado su primer estado de virtud (fuerza) y potencia divinas tras su prevaricación "por la inmutabilidad de los decretos del Eterno"[97]. "Los demonios disfrutan total y plenamente de sus actos por su voluntad pensante. Por tanto, lo que ocurre en la corte demoníaca, como ley y mandato de horror y abominación, sucede, aunque la comparación no sea posible, en la corte espiritual divina"[98].

En cuanto al Menor, Dios le deja una entera libertad por tres razones: en principio, porque su cuerpo es movido por un Espíritu y todo Espíritu, tal y como acabamos de ver, es libre por definición; después, porque "no está en Dios leer en las causas segundas temporales ni impedir la acción, sin derogar su propia existencia como ser espiritual y su potencia divina"; por último, porque "si el Creador tomase algún partido en las causas segundas, tendría que comunicar necesariamente él mismo, no sólo el pensamiento, sino también la voluntad buena y mala a su criatura, o hacerla comunicar por sus agentes espirituales que emanarían inmediatamente de él, lo que volvería siempre a lo mismo"[99]. Es por lo que "El Creador abandona a Adán a su libre albedrío, habiéndole emancipado de una manera distinta de su inmensidad divina con esa libertad a fin de que su criatura tuviera el disfrute particular y personal, presente y futuro, por una eternidad impasiva, siempre que se condujese según la voluntad del Creador"[100].

Es verdad que el corazón del hombre caído es un campo de batalla donde se enfrentan dos fuerzas adversas: "El pensamiento procede en el hombre de un ser distinto de él; si el pensamiento es santo, procede de un Espíritu divino; si es malvado, proviene de un malvado demonio"[101]. Pero "corresponde al hombre rechazar unos y recibir otros según su libre albedrío"[102]; "nada puede prevalecer contra el tabernáculo (corazón) del Menor si el Menor no da su consentimiento"[103]; "El Menor se une a los más sublimes (poderosos) Espíritus, tanto buenos como malos, para operar su voluntad buena o mala

[94] I, 7; 33.
[95] I, 21.
[96] I, 10.
[97] I, 9.
[98] I, 33.
[99] I, 22.
[100] I, 15.
[101] I, 32.
[102] I, 18.
[103] I, 359.

conforme a su libertad"[104]; "La libertad alumbra la voluntad y la voluntad adopta el pensamiento bueno o malo que el espíritu ha concebido; y, tan pronto como obtiene el fruto, el Menor se vuelve sobre sí mismo y, meditando sobre el producto de su operación, juzga en sí mismo el bien o el mal que ha cometido"[105].

La libertad moral es tan completa en el Menor que el pecado por intención es tan grave como el pecado por acción, ya que la falta consiste menos en el acto que en la voluntad de hacerlo. El crimen de los Espíritus prevaricadores fue una intención no seguida de efecto[106], el de Adán fue menos el de crear sin la cooperación de Dios que pretender "profundizar perfectamente" la toda-potencia divina y lo que le había sido acordado sobre el universo[107]; este pensamiento de orgullo, semejante al ubris[108] en que los griegos vieron la falta trágica de sus héroes y la justificación de los terribles castigos que les acontecieron, permitió a los demonios tentar a Adán; el orgullo fue la brecha por la que pudo entrar el intelecto malvado en el corazón del Primer Hombre y es por una falta de intención que sus descendientes se encuentran, hasta hoy en día, accesibles a las sugestiones de los demonios.

Pasqually no admite la excusa que suelen invocar en su descargo los pecadores: la debilidad de la carne incapaz de resistir a la tentación. "No es la forma corporal de la materia la que hace sucumbir al hombre en la tentación. Esta forma no está encargada de dirigirse a ella misma, pues no es más que el órgano del Menor; ella no hace sino operar las voluntades (sugestiones) buenas o malas que el Menor recibe del bueno o malo Espíritu. Así, cuando un hombre sucumbe, no debe lanzar su caída sobre su forma corporal de materia sino que sólo debe atribuirla a su sola voluntad"[109]. La única "facultad innata" que se puede "tratar de debilidad" es más bien una cualidad que un defecto y "no puede desagradar al Creador: ella no proviene más que de una verdadera humanidad espiritual que enseña a hacer el bien por el mal que los demonios hacen operar contra nosotros como nuestros semejantes precipitados (reprobados)"; una semejante debilidad "merece más bien el nombre de misericordia"[110].

La Reintegración no combate con menos vigor la tesis que niega la libertad y la responsabilidad humanas en los pretendientes incompatibles con la presciencia divina poniendo así a cargo del Dios omnisciente y todo-poderoso el mal que él debía necesariamente prever y que no ha impedido. La Pitonisa, intérprete del Eterno, dijo a Saúl: "Si el Dios de Israel tuviese el poder de la adivinación, sería el motor del bien y del mal; por lo tanto, sería también un cruel tirano al permitir a Su criatura hacer el mal y luego castigarla por lo que habría podido evitar. No, señor, el Dios de Israel no es tal. Ante ti, ante toda su corte espiritual divina y ante toda su corte temporal, oso desafiar a Dios todopoderoso a que interprete y comprenda la acción, la actuación o cualquier otra intervención de un ser espiritual menor, antes de que éste la conciba en su pensamiento. (…) Si tal cosa estuviese en su poder, sería en verdad injusto por no detener los funestos lances sufridos por Su criatura. (…) es necesario que el Espíritu temporal (revestido de un cuerpo de materia) conciba un pensamiento para que el Creador conozca la acción buena o mala que producirá: si es buena, le da su aceptación, si es mala lo rechaza, pero nunca se opone a la voluntad de Su criatura"[111]. Pasqually, dirigiéndose directamente a sus

[104] I, 358.
[105] I, 343.
[106] I, 21.
[107] I, 15.
[108] Para los griegos "ubris" significa la fatalidad del destino. (N. del T.)
[109] I, 344.
[110] I, 345. Curiosa justificación de la caridad cristiana, tratada como "debilidad" por los judíos que se mantienen fieles a la ley del talión.
[111] I, 385-386.

discípulos, les dice de su parte: "Si hubiese estado en la posibilidad del Creador detener la acción de las causas segundas espirituales temporales (Menor formado de un Espíritu y de un cuerpo) él no habría permitido que su Menor sucumbiese a la insinuación de los demonios, habiendo (puesto que él hubiera) emanado expresamente para ser el instrumento particular de la manifestación de su gloria contra esos mismos demonios". El hombre era un "segundo" enviado por su general para combatir sus enemigos; si este lugarteniente, habiendo desobedecido las órdenes recibidas, sucumbe, será castigado, "porque poseía la fuerza en sus manos"; pero el mismo general no es vencido. Si este "diputado", en lugar de atacar a sus enemigos, se junta a ellos, para librar batalla al general, es un traidor; tal fue la prevaricación del Primer Hombre contra el Creador[112].

∴

[112] I, 22-24. En un pasaje en el que trata la acción mística del "sello", admite que el principio de la libertad moral y de la responsabilidad absoluta del hombre puede sufrir una excepción. El sello, dice, hace del Menor que lo recibe "el depositario del bien espiritual y el conserje (carcelero) de los Espíritus prevaricadores ", también "todos los Menores que han sido remitidos a sus primeras virtudes y potencias espirituales divinas y han encontrado la gracia ante el Eterno, tales como Adán, Abraham, Isaac, Jacob y algunos otros, no volvieron a prevaricar después de su reconciliación, aunque estuviesen aún en las formas corporales. Algunos de esos Menores han sido santificados y reconciliados, entregando su libertad a la potencia de la que la habían recibido"; de forma que "esta libertad sólo ha alumbrado a voluntades puras y la voluntad de estos Menores reconciliados no adoptó sino pensamientos espirituales. Los Menores así reconciliados no han sido ya susceptibles de sucumbir a los embates del demonio, ni a adoptar su intelecto de abominación" (I, 343-344). Es evidente que ese estado de gracia, en que la fidelidad no es otra voluntad que la del Padre, y que recuerda la abdicación en Dios de los doctores místicos, es considerada por Pasqually como un privilegio especialmente otorgado a los Patriarcas y anunciado por una manifestación extraordinaria, es decir por una teofanía completa tal que los Menores ordinarios, incluso los más favorecidos, no pueden esperar algo igual de sus operaciones. Pasqually olvida por otra parte que ha, al comienzo de su tratado, mostrado a Adán recayendo varias veces en el pecado después de su primera reconciliación y que fue necesario el sacrificio de Abel para que esta fuera completada.

Pasqually es menos un Gnóstico por las ideas contenidas en su tratado, que por haber, como los Gnósticos, practicado un sincretismo sistemático. Al igual que en un agua mineral el análisis descubre, junto a las sales que le dan su carácter particular, las "trazas" de diferentes cuerpos que figuran en cantidades infinitesimales, se encuentran en la cristología de la Reintegración algunos conceptos fundamentales teñidos de gnosticismo y de Qábala, vestigios de doctrinas heréticas que funcionaron en los primeros siglos de nuestra era.

Pasqually se suma de pasada al docetismo cuando afirma que "el cuerpo de Cristo no sufrió ningún dolor durante los tormentos que se ejercieron sobre él"[113].

Se aproxima, asociando al hombre con el Cristo, al montanismo cuyos sectarios, numerosos en el II° siglo, creían que el Cristo se encontraba encarnado en todo cristiano plenamente iniciado y, llegando a la lógica conclusión de su principio, se adoraban los unos a los otros. Tertuliano relata que tal era la costumbre de los cristianos de Cartago en el siglo II°; en el siglo VIII°, Elipand de Toledo llamaba al Cristo un Dios entre dioses, porque todos los creyentes eran Dioses como el mismo Jesús; en el siglo XIII°, la secta de los Hermanos y Hermanas del Libre Espíritu profesaban que el hombre se puede unir a la divinidad y no formar sino una unidad con la fuente productora de todas las cosas y que esta se elevaba hasta Dios formando verdaderamente parte de la divinidad siendo el Hijo de Dios en el mismo sentido y de la misma forma que el mismo Cristo[114].

Mani enseñaba que la ciencia de la

[113] I, 249. Es verdad que explica ese estado de insensibilidad por un éxtasis que transportó el espíritu de Cristo cerca de Dios suspendiendo así la consciencia orgánica; entiende este privilegio en varios mártires que "siguiendo el ejemplo de Cristo se expusieron a suplicios horrorosos, gozando de la misma gracia que él. El Cristo estaba en contemplación con el espíritu del Padre y los dichosos mortales que le imitaron estuvieron en contemplación con el espíritu del Hijo divino" (I, 249-250).

[114] Frazer: *Rameau d'Or*, édition française, p. 95.

salvación había sido revelada en diferentes épocas por el Cristo, emparentado al Primer Hombre y que se había encarnado bajo los nombres de Buda, Zoroastro, Jesús y el mismo Mani.

Finalmente el cristianismo esotérico de la Reintegración se relacionaba, como las operaciones a las que se entregaban los lectores del Tratado, a la tradición mágica. Uno de los historiadores más competentes de esta ciencia secreta estableció que la humanidad primitiva concibió dos tipos de dioses humanos: el dios-hombre de la magia, ser semejante a los otros hombres por su naturaleza espiritual y física, poro superlativamente dotado de poderes extraordinarios sobre los fenómenos naturales y sobre las fuerzas transcendentes que los producen, y el dios-hombre de la religión, ser diferente del hombre y superior a él, que se encarna por un tiempo más o menos largo en un cuerpo humano, manifestando su ciencia y su poder excepcionales por medio de milagros y profecías[115]. Haciendo del Cristo de los Evangelios a la vez el tipo del Élu Espiritual y este del que el Élu Cohen es una copia reducida, Pasqually tiende a confundir al hombre-dios de la religión con el hombre-dios de la magia; lo que, manifiestamente, retiene sobretodo en sus escritos apostólicos son los milagros, las apariciones y la Transfiguración, "testimonios" por los que Jesús probó su naturaleza divina y su potencia sobrenatural, tal y como lo habían hecho los Élus Espirituales que la Biblia llama Abrahán, Isaac, Jacob, Elías y Moisés. Pero el éxito de una Operación prueba que el Réau-Croix posee, al menos en parte, los mismos poderes, y la potencia cuaternaria que ejerce es un anuncio y una promesa de la potencia octonaria que poseerá un día. Así todo el sistema, cristiano de nombre, místico de forma, edificado por Pasqually, apunta en un último análisis a reanimar la religión con la magia.

115 *Ibid.*, p. 57.

∴

Cuando se percibe sobre qué vías peligrosas para la ortodoxia camina Pasqually, bajo el color del cristianismo esotérico, arrastrando a sus discípulos, nos podemos preguntar cómo es posible que aquéllos, cuya fe cristiana era muy sincera, no le dejaran. Ellos tomaban parte, es cierto, en sus Operaciones, donde la magia ceremonial jugaba un rol manifiesto, pero era una magia blanca, una magia divina cuyo objeto espiritual podía resultar lícito a sus ojos. En la Reintegración, por el contrario, los dogmas fundamentales de su religión quedaban fuertemente quebrantados. Si no estaban avisados, podría ser en un principio porque los místicos, más inclinados al entusiasmo que a analizar las ideas, no tienen por lo general un sentido crítico muy desarrollado, además de que el lenguaje bárbaro de Pasqually, la extrañeza de su vocabulario místico, la obscuridad involuntaria o calculada de su dialéctica, y finalmente y sobre todo, la habilidad con la que daba el cambio sobre la naturaleza del Cristo[116] cubriendo sus intenciones con un tupido velo del que era necesario, para atravesarlo, una clarividencia y una libertad de espíritu incompatibles con el profundo respeto que el Gran Soberano inspiraba a los Élus Cohen.

Ellos encontraron en la abundante enseñanza de su maestro una afirmación bien planteada para halagar su imaginación y vincularles a su Orden, y es el saber que el Menor Espiritual, dicho de otro modo el adepto que había sido testigo de manifestaciones, era remitido al estado del

116 Hemos visto ya suficientemente cómo Pasqually era un experto en hacer juegos con las palabras: Cristo y Hombre-Dios, les daba alternativamente el sentido tradicional o un significado que respondía a sus teorías secretas. He aquí otro ejemplo de su destreza en este tipo de escamoteos: cuando habla (I, 151) "de los hombres provenientes de la última época del Cristo", entiende: "después de la más reciente manifestación del Reconciliador", pero un lector desconfiado podía y debía comprender: "Después de la época en que Jesús vivió y enseñó".

Primer Adán, asimilándose él mismo al Reconciliador o Cristo, de forma que los discípulos de Pasqually que tenían éxito en sus operaciones se elevaban por encima de la condición humana ordinaria, convirtiéndose en verdaderos Hijos de Dios, emparentados a su Divino Hijo. Esta promesa se encontraba implícitamente en el título del grado más alto de su iniciación, en el nombre al que la ordenación daba todo su valor místico y que confería al adepto la calidad de "Muy Poderoso Maestro": Réau-Croix estaba compuesto del nombre secreto del Primer Adán (Réau) y del término que designa el símbolo cristiano por excelencia.

Parece ser que para los discípulos de Pasqually el último objetivo de las Operaciones era ponerles en contacto con aquél que su fe denominaba como Nuestro Señor y que ciertos Pases fueron considerados, por ellos mismos, como "manifestaciones sensibles del Cristo". M. Matter, que sostiene esta hipótesis, revela el testimonio de una persona digna de confianza tras la que se encuentra un iniciado en el grado supremo, el conde d'Hauterive, que aseguraba haber llegado, a través de varias operaciones coronadas por el éxito, "al conocimiento físico de la Causa activa e inteligente". El historiador señala que por esta fórmula la escuela de Pasqually designaba al Verbo, la Palabra o el Hijo de Dios de la teología cristiana y concluye que los Élus Cohen pretendían llegar "a la intuición o a la visión del Cristo"[117]. Esta opinión es muy defendible, pero con la corrección de que por "visión del Cristo" se debe entender la aparición luminosa del jeroglífico que lo representa. Esta opinión se encuentra justificada por un pasaje de una carta de Saint-Martin a Kirchberger, en la que el antiguo Élu Cohen declara que, en la escuela en la que había pasado los veinticinco años anteriores, eran numerosas y frecuentes las comunicaciones de todo género de las que había tomado parte, como los demás, y que en esta parte "todos los signos indicativos del Reparador eran comprendidos". Ahora bien, la personalidad del Reparador no es dudosa, Saint-Martin ya había tenido el cuidado de señalar que "este Reparador y la Causa activa son la misma cosa". Por otro lado, la expresión: signos indicativos, parece indicar bien una epifanía simbólica y parcial. Que esta visión fragmentaria haya sido el objeto perseguido por los místicos que se encontraban en la escuela de Pasqually, es un motivo aún remarcable para Saint-Martin. Respondiendo a Kirchberger, que le comentaba las visiones de Hauterive, el teósofo, al que la enseñanza recibida de Pasqually le había dejado marcas profundas, concluía: "Si los hechos de M. d'Hauterive son de orden secundario (suscitados indirectamente por el Cristo), sólo son figurativos relativamente de la gran obra interior de la que hablamos (conocimiento intuitivo de la Causa activa e inteligente) y, si son de clase superior (representativos del Cristo en persona), son la gran obra en sí misma"[118]. Finalmente, Pasqually parece haber animado esta manera de ver, si el dibujo que envió a Willermoz, para hacerle conocer el aspecto de una manifestación luminosa de la que afirmaba haber sido testigo en el curso de una Operación, figuraba, como así parece, una Shin (S hebrea) que en *Del Verbo Mirifico* de Reuchlin dice ser el jeroglífico representativo del Cristo.

Como, siguiendo el axioma antiguo adoptado por los ocultistas, "lo semejante sólo puede ser conocido por lo semejante", los Élus Cohen tenían pues el derecho de creer que, el día que se operara "la manifestación de la gloria divina por la reconciliación perfecta de la posteridad pasada, presente y futura de este Primer Hombre"[119], no habría más diferencias entre los Menores reconciliados y el Cristo. Así y todo, el Menor Espiritual era un Cristo en potencia y, si la Reintegración no expresa

117 VIII, 64-65.

118 VIII, 374.

119 I, 66.

nunca claramente esta doctrina, es al menos la conclusión a la que llegan las deducciones de ciertos Élus Cohen, como por ejemplo Bacon de la Chevalerie, Substituto General del Gran Soberano, que se estimaba semejante al Cristo[120], el abate Fournie, que escribió: "Puesto que ese Hombre, Jesús--Cristo, ha nacido de Dios como Hombre-Dios, para hacer la voluntad de Dios, debemos de concluir que si hacemos la voluntad de Dios también, naceremos (místicamente) nosotros mismos de Dios como Hombres-Dioses entrando en la unión eterna de Dios"[121]. Estos discípulos habían ido más lejos que su propio maestro simulando conducirles[122], pero su error nos muestra claramente qué ideas la enseñanza secreta de Pasqually hacía nacer entre los espíritus simplistas poco familiarizados con las sutiles distinciones de la teología.

La Orden tenía también otro atractivo para sus miembros: aportaba a su fe la prueba material de la que, puede que sin reconocerlo, tenían una necesidad imperiosa. Hay que insistir sobre este hecho, porque puede explicar el porqué los discípulos de Pasqually siguieron ciegamente a su maestro. Éste tenía conciencia de esa disposición de espíritu y sabía sacar partido. El habla bien en tono perentorio en nombre de una revelación incontrolable y profesa por la Biblia y por el Evangelio un respeto sin reservas. Vitupera a "los pretendidos sabios que no conciben la posibilidad del Diluvio y que, ignorando porqué el Creador envió ese azote sobre la tierra, no dudan en negar este hecho". Les reprocha "tomar en ridículo a los que tienen fe" y también de "mirar como personas imaginarias a los que el Creador hizo parte de dicho acontecimiento antes de que llegara y del decreto que hizo en su inmensidad", rechazando detenerse en sus "débiles argumentos"[123]. Pero esta fe, aparentemente inquebrantable, tiene necesidad de un sostén; es, podríamos decir, una fe bajo el beneficio de la duda, una fe que ve pruebas fundadas sobre el testimonio de los sentidos. ¿Qué era de hecho una Operación, sino la búsqueda obstinada de una prueba material, estableciendo la realidad de las doctrinas enseñadas por el fundador de la Orden? Pasqually lo reconocía expresamente en su correspondencia y, previniendo la duda que sus discípulos pudieran tener sobre su teoría de la reconciliación espiritual y que le pedirían una prueba física", les dijo en la Reintegración: "Cuando hayáis tenido la fortuna de conocer el género de trabajo de Seth y el que los Sabios han operado después de él (Operaciones, acompañadas de manifestaciones), no me haréis más semejantes preguntas"[124]. Es lo que en nuestros días podría hacer un profesor de química o física demostrando una ley natural por el resultado previsto de un experimento hecho en condiciones determinadas; presenta las manifestaciones, bien haciéndolas resplandecer ante los ojos de sus discípulos desalentados por las tentativas infructuosas, o bien citando los nombres de los adeptos que han sido testigos, como piedra de toque en la que se podría reconocer el valor de su enseñanza.

La Reintegración procede del mismo estado de espíritu expuesto en lo que se podría llamar el concepto místico-racionalista del milagro, es decir, del hecho sobrenatural considerado como la confirmación

[120] El abogado lionés Milanois, muy metido en el movimiento ocultista, escribió a Willermoz en referencia a Bacon: "Aunque vos hayáis bebido de las mismas fuentes (Orden de los Élus Cohen), pensáis muy diferentemente; vos creéis en Jesucristo y él se cree semejante e él. He aquí lo que no puedo entender sin asombro y sin escándalo" (V, 336).

[121] VIII, 36-37.

[122] En todo caso, Pasqually no vaciló en compararse él mismo con Cristo, considerado como Élu Espiritual; en el curso de un mercurial envío a sus discípulos insubordinados, les invita a meditar en el Evangelio, que les enseñará "a someter su voluntad a aquél cuyo don está acordado para hacer actuar la Cosa (obtener manifestaciones) y servir de ejemplo a sus discípulos" (II, 186).

[123] I, 142.

[124] I, 129.

necesaria de un dogma y como demostración tangible, por sí sola capaz de asentar una convicción sólida. La Reintegración no se limita a citar como garantes sobre todo a personajes bíblicos que han sido testigos de teofanías, como Abraham, Isaac y Jacob, que entendieron la voz del Eterno, como Moisés, o que tal como Elías y Jesús, se han ido de esta tierra de forma sobrenatural; ella no cree que el período de milagros haya sido cerrado, si la fe continúa tan viva como lo estuvo en aquélla época; no admite al fiel puesto a contentarse sólo con pruebas indirectas proporcionadas por las Escrituras. Habla desdeñosamente de la fe ingenua que desprecia pruebas manifiestas y actuales. "Los hombres de este siglo están alejados de todo conocimiento divino bajo el pretexto de una pretendida fe ciega que les hace perder totalmente la idea de la verdadera fe. La fe sin las obras (pruebas sensibles)[125] no puede ser vista como verdadera fe. Las obras que el hombre puede producir por la débil fe (iluminación interior, experiencia íntima) que es innata en todos los hombres, no pueden considerarse como pertenecientes verdaderamente a la fe"[126]. Así, la desaparición de los milagros después de la muerte de Jesus-Cristo ha resentido el fervor religioso: "Los hombres provenientes (nacidos) después de la última época del Cristo, no teniendo ya ante sus ojos las manifestaciones divinas que se operaron en los primeros siglos, han perdido de vista el conocimiento del gran culto divino" y, como ya "no ven perpetuarse los prodigios de la justicia del Creador, no se encuentra ya ningún Justo (creyente sincero) en este siglo"[127]. El espectáculo de la naturaleza, donde se manifiesta la acción de la Providencia, puede bastar para convencer a un Vicario Saboyardo de la existencia de Dios y alimentar un deísmo tibio y vago, pero el verdadero creyente, es decir, el hombre de deseo, tiene derecho a ser más exigente: "¿Cómo reconciliar (creer en Dios) a los hombres del presente siglo que no han tenido jamás una manifestación física, espiritual o divina operándose ante ellos, si no son ellos los que operan por las leyes inmutables que deben accionar y mantener la creación universal durante el tiempo que el Creador le ha prescrito?"[128]

"El único medio eficaz para dar al sentimiento divino el vigor que ha perdido, es recordar que el ojo es el órgano de la convicción"[129], que "la fe del hombre no puede estar viva y perfecta si no es accionada por un agente superior" (manifestación de un Espíritu), cuando "el hombre produce obras que son sensatas perteneciéndole (ya que el resultado de las Operaciones depende de la colaboración de seres transcendentes) y que manifiestan toda la fuerza de la fe que actúa en él"[130]. Resumiendo, hay que buscar el milagro allí donde se esconde actualmente, es decir, en la Cámara de Operación. Esto es lo que el hombre de deseo, que no ha, como los hombres del siglo, "abandonado las ciencias espirituales para librarse a la negociación (el negocio) y a la codicia de los bienes de la materia, lo que les ha puesto un espeso velo sobre sus ojos"[131], será marcado del sello "que han recibido por la Operación espiritual de los Justos los hombres que deben de ser reconciliados", sello que les fue "enviado visiblemente y sin ningún misterio" y que sirve para "disponerles a fortificarse más y más en la fe y en la confianza en la misericordia del Creador y a sostener con una firmeza invencible toda manifestación poderosa de la justicia divina que puede operarse espiritualmente (por la manifestación de un Espíritu) ante ellos por

[125] El sentido particular dado aquí a la palabra "obras" es un nuevo ejemplo de la habilidad con la que Pasqually señala las expresiones consagradas por el uso; el término, que designa corrientemente actos virtuosos o caritativos por los que el fiel prueba la sinceridad de su fe, es aplicado a las manifestaciones sobrenaturales.
[126] I, 152.
[127] I, 151.
[128] I, 51-52.
[129] I, 359.
[130] I, 152.
[131] I, 152.

el Cristo (por la intervención del Reconciliador) para todos los habitantes de la tierra que viven en privación divina"[132]. El probará el "cambio incomprensible" (maravilloso) que se produjo en los Menores Patriarcas cuando el Cristo se les apareció en los Infiernos y "fueron por este medio (esta manifestación) más fuertemente convencidos de lo que lo habían sido durante su vida pasajera de la ternura inviolable que el Creador ha tenido y obrado eternamente por su criatura"[133]. A la imagen de Esaú que Isaac bendijo, cuando su hijo primogénito se compadeció de ser desposeído de su herencia mística (comunicación con lo divino), le dijo: "La bendición que prodigo sobre ti viene del Eterno, como el rocío que se esparce sobre las plantas para substanciarlas viene de lo alto", el Élu Cohen saliendo de la Cámara de Operación "se retira mucho más satisfecho de su Padre de lo que estaba antes"[134], después de haber constatado que, por emplear la palabra consagrada por su escuela, la enseñanza de su maestro era "confirmada" por una manifestación[135].

Es cierto que Pasqually se preocupaba de proporcionar a sus "émulos" pruebas groseramente materiales, puesto que "la forma gloriosa" entrevista en los Pases tomaba, según él, su luz de un fuego supraceleste que no tenía nada en común con el del eje central, lo que permitía decir a los Réau-Croix: "La verdad habla al hombre de deseo un lenguaje que no puede ignorar porque no toma nada de la materia; es todo espiritual, emanando directamente del Creador"[136]. Pero ese fenómeno sobrenatural tomaba todo su valor de lo que era percibido por los ojos del operante; él constituía, cualquiera que fuese su origen, un hecho experimental como aquellos en los que se funda toda convicción racional.

Esta necesidad de hechos tangibles viene a justificar un postulado místico que no era propio de la Orden de los Élus Cohen; es el rasgo característico del misticismo del siglo XVIIIº. El racionalismo dominante entonces no admitía más que los axiomas demostrados por el testimonio de los sentidos y sólo practicaba el método empírico. El misticismo contemporáneo, sujeto a los objetos de los que su rival se desinteresa, es arrastrado a su pesar por la corriente que pretende remontar y hace concesiones involuntarias al espíritu de los tiempos. El místico puede, por definición, pasar del testimonio de los sentidos externos para asegurar sus creencias; la autoridad de los Libros Sagrados y el sentimiento íntimo le es suficiente; él considera como cerrado el periodo donde los hechos milagrosos eran necesarios para hacer triunfar la verdad ante los ojos de los escépticos y se contenta con revelaciones interiores que proporcionan a su fe la claridad y la fuerza de la evidencia. Pero en el siglo XVIIIº, el espíritu científico que, para convencerse, necesita ver y tocar, no cree en la realidad de las construcciones *a priori* más que después de haberlas sometido al control de la experiencia y no admite como prueba los principios enunciados de fenómenos en los que el hombre puede provocar o modificar a su agrado la manifestación, imponiéndose a todas las inteligencias y penetrando hasta en los cerebros que, por su conformación, parecerían serles

[132] I, 41.
[133] I, 44.
[134] I, 226-227.
[135] El recelo que inspira a Pasqually la intuición proveniente del éxtasis es característico en esta consideración. El éxtasis está bien, dice, efecto de una "turbación violenta" causada por la presencia de un Espíritu, pero también podría ser un demonio. Cuando el Espíritu perverso se le apareció a Adán bajo una forma gloriosa y le sugirió ejercer su potencia creadora, el Primer Hombre "cayó en éxtasis". Es en ese estado que el Espíritu malvado le insinuó su potencia demoniaca" y Adán, "revestido de su éxtasis espiritual animal, pero habiendo retenido una impresión malvada del demonio, resolvió operar la ciencia demoníaca preferentemente a la ciencia divina" (I, 16). El místico puede por tanto ser engañado en el valor de las revelaciones que le aporta su experiencia íntima, mientras que el jefe de los Élus Cohen se reservaba el derecho de interpretar los Pases, quedando el peligro de error reducido al mínimo para los adeptos que los testimonian.
[136] I, 170.

inaccesibles. Los místicos contemporáneos de Pasqually tienen todos, en grados diversos, desde los jansenistas convulsionarios hasta los mesmerianos espiritualistas, pasada su influencia. El mismo deseo de pruebas atormenta a los pietistas de todo género; se refieren, más o menos abiertamente, a esto que dice el Evangelio de San Juan: "Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, creed por las obras, aunque a mí no me creáis, y así sabréis y conoceréis que el Padre está en mí y yo en el Padre" (X: 37-38)

Los impostores se sirven de esta disposición de los espíritus para explotar a los ingenuos. Gassner opera en Baviera curas maravillosas exorcizando a los enfermos; la Escuela del Norte espera en Estocolmo una aparición de San Juan; Schroepfer maquina en el trasfondo de su café en Leipzig con materializaciones; Gugomos promete a los suscriptores, cuyas contribuciones le permitirán elevar a Iéne su Adytum Sacrum, hacer descender el fuego del cielo para consumir sobre el altar a la víctima inocente; los discípulos de Cagliostro estaban persuadidos de haber visto en Lyon al profeta Elías planear por encima de su asamblea en una nube azul.

Bajo cualquier forma que se manifieste esa llamada apasionada al testimonio de los sentidos, se convierte en el indicio de un desarrollo mental en el que los progresos constantes del racionalismo sumergen los espíritus de los más fieles en las creencias tradicionales. La fe en los dogmas revelados, puesta en entredicho por una crítica cada vez más agresiva, no sostiene más que imperfectamente la religión heredada que debía procurarse otros apoyos. Podría apoyarse sobre un argumento ético; "la religión natural", predicada entre otros por Rouseau, presentaba, apelando al sentimiento, algunas doctrinas esencialmente cristianas: Providencia, justicia divina, decretos absolutos de la conciencia ética, vida futura con sus recompensas y sus castigos y sublimidad de la moral evangélica. Pero esta religión desposeía al cristianismo de los elementos místicos que tanto dominio le había proporcionado sobre las almas; no quedaba más que un medio de mostrar su virtud específica: restablecer lo sobrenatural en sus derechos, estableciendo, para fortificar la fe de los creyentes y confundir a los incrédulos, mediante hechos manifiestos, violar las leyes naturales siendo inexplicables por la razón, que el mundo transcendente existía en realidad y en acto. Esa idea debía llegar naturalmente a los lectores de la Biblia y el Evangelio cuando sintieran el escepticismo ambiental deslizarse disimuladamente en su corazón: Moisés, Elías y Jesús mismo, ¿no se habían visto en la obligación de hacer milagros para convencer a las débiles muchedumbres? ¿Porqué rehusar a la bondad y a la todopoderosa divinidad el derecho de usar un medio de demostración tan eficaz en una época en que la incredulidad triunfante lo hacía tan necesario y del que las Escrituras habían conservado su recuerdo? Lavater, siempre buscando hechos de origen sobrenatural, venía a confirmar lo que le enseñaba una religión de la que él mismo era ministro, siendo el representante más conocido de estos místicos racionalistas. Pasqually, habiendo quedado largo tiempo en la sombra, es el único de entre ellos que imaginó una forma práctica, y teóricamente fundada, de satisfacer su sed de certidumbre y el gusto por lo maravilloso, y los Élus Cohen, tan dóciles a sus instrucciones, fueron los hijos de una época en la que ellos mismos parecen en primer lugar también extraños tanto por sus aspiraciones como por sus operaciones mágicas.

NOTA FINAL

Con este capítulo llegamos al final del Libro II incluido en la obra general: "La Franc-Maçonerie occultiste au XVIII° siècle & l'Ordre des Élus Coens", de René Le Forestier (la obra completa consta de tres libros). Como hemos podido comprobar, en este Libro el autor analiza todas las posibles influencias que la Orden de los Élus Cohen ha podido recoger de las diversas tradiciones ocultistas, especialmente qabalísticas, orientales, mágicas y gnósticas, digeridas en un esoterismo cristiano propio y peculiar del sistema de Pasqually. Siendo un trabajo serio basado en un análisis riguroso de la doctrina Martinezista, está claro que su autor hace un intento por desmitificar a Pasqually y a su obra intentando demostrar en lo posible que ésta se fundamentó sobre conceptos adquiridos de forma directa o indirecta de tradiciones ya existentes. No creemos que haya conseguido su objetivo, sino más bien al contrario, puesto que los trazos considerados como posibles injertos no justifican una ortodoxia acorde con ninguna de las tradiciones consideradas. Intenta igualmente disfrazar a Pasqually de judío converso procurando al mismo tiempo resaltar la concepción supuestamente anti-católica que otorga al Cristo en la doctrina de la Reintegración, pero los argumentos no son del todo convincentes, entrando él mismo en contradicción cuando recuerda las operaciones que Jesús-Cristo llevó a cabo, durante los tres días que permaneció ausente tras su muerte, en los infiernos, para rescatar a los Justos y culminar así su reintegración a la gloria divina, hecho que le separa radicalmente de los Menores que le preceden. Confunde la manifestación del Cristo, en los Menores anteriores a su venida en Jesús-Cristo, con sucesivas reencarnaciones.

No se trata de ponernos ahora a debatir sobre las críticas academicistas que, lejos de restar valor a una Orden singular que recuperó la iniciación degrada de la época devolviéndole la profundidad verdadera que por derecho le corresponde, nos ayudan (¿por qué no?) a comprender con mayor claridad y equilibrio la dimensión real de su historia, que evidentemente no puede eludir la historia sagrada que le precede y le acompaña. La Orden Cohen mantiene intactos su identidad y el misterio de su origen. Por mucho que se haya escrito y se escriba, lo verdaderamente esencial siempre permaneció silencioso en el misterio santo que vela en el corazón del Réau-Croix.

Aunque hoy en día han surgido nueva documentación y nuevos estudios[137], esta obra sigue siendo, con las precauciones debidas, un referente de todo investigador sobre la Orden de los Élus Cohen, y es en este sentido que tuvimos necesidad de divulgarla para provecho de los hombres de deseo de habla española.

G.E.I.M.M.E.



[137] Resaltamos las aportaciones más actuales de Robert Amadou, Antoine Favre, Serge Caillet, J. F. Var, etc.

EL SISTEMA DE JAKOB BÖME

Adam Mickiewick
(1789 – 1855)

La Universalidad – Dios – Satanás

El seno de lo que nombramos Dios incluye la Universalidad de las manifestaciones sobrenaturales, naturales y contrarias a la Naturaleza. Es imposible, y por lo tanto no está permitido, saber lo que es Dios fuera de la Naturaleza; pero la naturaleza de Dios no es Visible; hablamos del Invisible, del impalpable, y finalmente de todo lo que está arriba y fuera de los sentimientos y sentidos humanos. Dios, como Universalidad, comprende las tinieblas y la luz, los sufrimientos y la felicidad, las profundidades y las alturas; ahora bien, como todo se manifestó en el hombre, y como el hombre comunica con todos los elementos de acción divina, él mismo puede, explorándose hasta el fondo, penetrar en los abismos de los sufrimientos que se llama el Infierno, y elevarse en medio del centro más íntimo de su existencia que se llama verdaderamente Dios.

El espíritu existe solo sin que exista nada que esté fuera de él, o que sea otro espíritu fuera de la Creación. El espíritu se concentra: esta concentración de sí mismo lo oprime, lo encierra, pesa sobre sí mismo y excita en él el deseo de salir de esta gravedad, de este círculo que se atrae hacia sí mismo y que se convierte en oscuridad; el Espíritu que se concentra se obscurece, comienza a sufrir, a agriarse: se produce en el seno de esta incubación del Espíritu, que se incuba a sí mismo, una tendencia a salir del estado de presión, un movimiento que Böhme llama rotación, hasta que el aguijón interior del Espíritu, que tiene una tendencia exterior y que se atrae hacia sí mismo, estalla en rayos de llama y luz. Esta llama es el final, el objetivo, la extrema extremidad de la Naturaleza (no olvidemos que se habla aquí del Espíritu de antes de la creación física y manifiesta); de esta llama y este rayo nace una luz, una suavidad, una alegría, un disfrute, finalmente nace lo que llamamos realmente Dios. Hay pues en Dios en primer lugar la oscuridad infinita, y el choque caótico de la infinidad de los elementos que producen por su concentración y presión una llama; hay en segundo lugar esta llama que es el término extremo de lo que se llama la Naturaleza de Dios y finalmente la luz que (*es*) el verdadero Dios. Böhme compara siempre este conjunto divino a una luz terrestre cualquiera, en la cual se ve un fondo oscuro, un producto inflamable que sale de un fondo también oscuro de la Naturaleza, que se convierte a continuación en una llama o una hoguera, es decir, una llama natural que se rodea de una aureola de luz. En cada luz, hay pues un fondo oscuro, frío, aspirando hacia la luz, deseando y por lo tanto infeliz; luego una llama que manifiesta este impulso, este deseo extremo; y finalmente una luz que lleva por todas partes el sentimiento de la alegría y la felicidad y que se alimenta por tanto de tinieblas y choques de elementos, los cuales sólo encuentran su unidad en la luz. Existió, en toda la eternidad, en Dios, y existe y existirá siempre un fondo tenebroso, lo que se llama el Caos, la Noche del tiempo, la Cólera de Dios, de donde sale, como fuentes oscuras de la tierra, una fuente clara de la Vida, del Espíritu; existe también en Dios y siempre ha existido este choque de elementos que salen de las tinieblas hacia la luz; existe también y existirá siempre la manifestación verdadera, la vida íntima de todos estos elementos como luz, como felicidad, lo que llamamos Cielo. Pero en Dios todo eso existe como una perfecta armonía; no existe en Dios ningún sentimiento de oscuridad o sufrimiento, como en un hombre bien no hay ningún sentimiento de amargura, de ese jugo bilioso que existe en él, ni de la acidez de la bilis, ni tampoco de ninguna de estas acciones inferiores y físicas que no obstante constituyen su vida, que lo alimentan interiormente y cuyo

trabajo oscuro produce estos rayos, este calor suave que anima su corazón y que resplandece en mirada.

No había pues en Dios ningún sufrimiento aunque hubo un centro oscuro, pleno de sufrimiento y sufriendo continuamente, pero donde no tenía lugar, por decirlo así, la conciencia de su sufrimiento, y que volvía a entrar en la armonía universal de la felicidad divina. Pues Dios, sacando de estas profundidades infinitas e indeterminadas de las fuerzas naturales una llama de vida, sacando del Infierno la Naturaleza visible, sacando, se podría decir, de esta bilis universal e infinita y de la falta misteriosa y del choque de los jugos interiores, una llama organizadora y una luz consciente de su existencia, Dios existía en una individualidad incomprensible, similar a una individualidad humana; esta existencia consistía en creaciones, producciones y disfrutes, de lo que una individualidad humana normal nos podría dar alguna idea. Es la historia del estado divino antes de la creación del mundo e incluso antes de la caída de Lucifer, según Böhme.

En este estado divino, en cada momento, en cada parcela insignificante de un momento, sacaba de la tiniebla infinita una infinidad de tendencias a las cuales el Espíritu central daba una realidad: salía del Infinito de las cualidades especiales, que se volvían existencias, individualidades; sacaba de este Vesubio caótico una infinidad de fuentes de gas que se encendían y se volvían rayos; sacaba, finalmente, de esta Universalidad, una creación angélica, continua e innumerable, que se llama realmente Dios. Puesto que no se llama al hombre los intestinos del hombre, así mismo el sufrimiento, y el deseo, y la cólera que existe en la universalidad, no constituyen Dios y no se llaman Dios. El Hombre es el extracto, la llama, la luz que sale de su fondo oscuro y su exterior material; Dios es esta existencia que constituye el hogar hacia el cual tienden todas las fuerzas oscuras de la Universalidad de la Naturaleza. Esta operación, de la que habla Böhme, no es sucesiva; es instantánea y continua; las cualidades y las fuerzas que se retiran de la Naturaleza oscura pasan a ser continuamente y en cada momento chispas y rayos; pero todo esto pasa en los rayos, por decirlo de alguna forma, fuera de la Naturaleza material y visible.

Böhme, en sus intuiciones, supone que una de estas chispas que salían de las tinieblas eternas y que se elevaban por una tendencia fácil y natural al estado de llama, esta llama ya formaba una fuerte individualidad, una individualidad de ángel o de arcángel (ya que todo lo que Böhme llama fuerza, llama, luz, trono, etc., son individualidades distintas, divinas, ciudadanos del reino).

Ahora bien, una de estas individualidades que formaban parte integrante de la Divinidad, teniendo por lo tanto una voluntad libre, llegada al estado de llama y por lo tanto al apogeo de su fuerza, no quiso ascender a la suave luz; tal individualidad, por primera vez, hizo acto de voluntad contrario a la Universalidad de la Creación; ella misma quiso elevar su centro oscuro y convertirse en el centro de la Creación. Es lo que Böhme llama la caída del Arcángel y el principio de la Creación material y visible. Ya que, según él, todos los espíritus, todas estas chispas y todos estos rayos que salían de las oscuridad de lo que los antiguos paganos, como Hesíodo, llamaban las semillas de la Creación, entraban en la armonía general, se confundían con la luz eterna; y hubo un Espíritu de los más potentes que, en el estado de su fuerza, sólo quiso ejercer esta fuerza propia antes que llegar a ser la fuerza por excelencia, que volver al calor, a la hoguera, sin tomarse la molestia de subir hacia la luz; es este Espíritu el primero que tuvo conciencia de la fuerza, como el Prometeo de Eschyle, sin someter esta fuerza a las necesidades de la Universalidad, que así se volvió Satanás, un enemigo de la Universalidad. Para constituirse como una individualidad, lanzó de todos los lados rayos oscuros y encendió todas las fuerzas de la naturaleza tenebrosa. Para hacer comprender estas ideas no oscuras, sino elevadas, se podría comparar a este Satanás invisible e inmaterial, rebelándose contra la

Universalidad, a un hombre que rompería una ley establecida y verdadera, recurriendo para triunfar a sus fuerzas inferiores, es decir, a su bilis y a su sangre.

Desde este momento, dice Böhme, la armonía de la Naturaleza divina es rota: las fuerzas que salieron del centro de este espíritu satánico trastornaron lo que había llamado más arriba la Naturaleza divina, es decir, esta indeterminada Universalidad de las fuerzas de las semillas de creación. Satanás las llamó a la existencia antes del tiempo fijado por la eterna Sabiduría; llamó así a la acción de los espíritus incompletos y sufrientes; aceleró la generación verdadera, hizo abortar, por decirlo así, la Naturaleza Divina. Cada una estas fuerzas, de estas inteligencias llamadas a la acción, en fin, de estos ángeles, para constituirse individualmente, se concentran fuera del calor y la luz divina. Así las esencias son de un golpe llamadas por las tinieblas increadas que se han convertido en individualidades distintas sin ligarse a la Unidad, entrando en movimientos de rotación individual y separándose las unas de las otras, tomando formas distintas y produciendo así lo que llamamos el mundo visible. Este mundo, pues, según Böhme, es el resultado de una acción anormal, de una rebelión; teniendo también una tendencia continua al retorno hacia la Unidad, este mundo es una existencia momentánea y que sólo se mantiene por los esfuerzos continuos del Espíritu contrario a la Universalidad, es decir, por Satanás. Lo que en el seno de la Universalidad era una tendencia hacia la concentración y que bajo los rayos de la Unidad divina se volvía la constancia y producía ángeles de trono, después de convulsiones universales, se volvió rocas y piedras: el movimiento que del centro de la naturaleza oscura empujaba a la acción, y que debía producir ángeles querubines, este movimiento produjo en la naturaleza podrida las impregnaciones y las influencias nocivas, acciones corrompidas; las fuerzas de la Naturaleza, irrumpiendo en el movimiento del tono, del sonido, de la armonía, pasaron a ser relámpagos y truenos, así sucesivamente en los efluvios de la Naturaleza divina, creativa de las individualidades paradisíacas, estando en el futuro condenadas a animar seres que llamamos malignos, criminales, y finalmente el Diablo, los hijos de Satanás.

Dios, como luz, no sufrió en ningún caso; el Espíritu que no quiso subir hacia él y que se obstinó en dominar la luz por el fuego y el calor, es decir, en dominar el amor por la fuerza, este espíritu retrógrado volvió a entrar en los abismos de las tinieblas, de estas semillas de la Creación, donde sigue actuando sin afectar a la naturaleza luminosa de Dios; volvió a entrar en la hoguera que produce la llama y la luz universal con esta diferencia con las fuerzas primitivas, que esas fuerzas, saliendo al mismo tiempo de las tinieblas y de las presiones dolorosas, no tenían el sentimiento que se transportaba regularmente hacia la luz, mientras que el espíritu retrógrado de Satanás, vuelto a caer en el estado primitivo por su propia voluntad, sufre al verse en una situación de la que habría podido y debido salir.

Así pues, según el sistema de Böhme, la Naturaleza visible, palpable, es decir, sensible, sólo existe por un hecho anormal de rebelión, o, mejor dicho, de uno de los Espíritus. La región donde esta rebelión se realizó, y de la que diremos más tarde las consecuencias, incluye nuestro sistema planetario, el cual, por lo tanto, es regulado por otras leyes que las de todos los demás sistemas de la Universalidad.

El Génesis

Hemos descendido ya al momento en que comienzan el espacio y el tiempo, la lucha cuyo teatro será la Materia. Nos acercamos al tiempo del Génesis sobre el cual Moisés enunció verdades incompletas. Deberemos volver de nuevo a los acontecimientos constitutivos de la Creación; deberemos aún explicar los movimientos que separan definitivamente el mundo

Satánico, el mundo de la Rebelión, de la Universalidad divina. En este momento que Böhme llama la primera y la más grande de las tormentas que hayan trastornado la Creación, el Satanás llamando a la existencia de los gérmenes incompletos, el Espíritu central de Dios reaccionando contra él.

Es por el fuego, por el calor, que Satanás suscitaba y hacía surgir del fondo de la Naturaleza divina a los seres que inspiraba satánicamente; su influencia iba a convertirse en universal; pero Dios hizo salir de su centro un relámpago de fuerza, un relámpago de Cólera más potente que el de Satanás: Dios el Padre, en su calidad de Padre de todo y por lo tanto de Padre de la Cólera, lanzó su relámpago de cólera en la profundidad de la Naturaleza, más allá del círculo donde Satanás podía actuar. Encendió una hoguera superior en fuerza a la que Satanás había encendido; la cólera de Dios llamó a la existencia a los gérmenes que aún no fueron alcanzados por la influencia de Satanás. En este momento de la lucha, las fuerzas divinas que reaccionaban contra los esfuerzos de Satanás son llamadas Arcángeles y Serafines, Miguel y Gabriel. Por las influencias de estas fuerzas, un mundo nuevo surgiría: fuera de la influencia satánica comenzarían a vivir, a sentirse, a elevarse, pero privados ya de la potencia de constituirse en individuos distintos privados de este grado de la potencia completa que constituye un individuo divino. Esta nueva creación es llamada por Böhme el Espíritu del Gran Mundo, es decir, del mundo material, *spiritus mundi majoris*. Decimos centro, ya que Dios constituyó entonces un nuevo centro: es el centro de la Naturaleza visible, del mundo actual. Dios el Padre llamó a los gérmenes de la nueva creación a una existencia regular que tenía su centro gubernamental. Ya que antes de la gran rebelión y la gran tormenta, Dios sólo creaba Espíritus y estos Espíritus tenían un centro en la fuerza creativa del Padre y en la Luz (de los hijos) existiendo pues dos centros: este por el cual la Naturaleza divina, es decir, la Inmensidad, el Caos, el Incomprensible, el Imperceptible llegaba a la existencia, y otro centro hacia el cual todo este Caos, todo el resultado del choque de los Espíritus Caóticos, llegaba a una existencia superior, a la Luz; este segundo centro luminoso, enamorado y muy poderoso, se llamaba propiamente Dios.

Ahora, después de la tormenta y la rebelión, Dios Padre hace estallar un tercer centro en el cual actúan las dos naturalezas divinas: la de la Cólera y la de la Luz; el centro de esta tercera existencia, de estos reflejos de dos existencias superiores, es lo que llamamos el Sol. Dios, evocando fuera de la influencia de Satanás nuevas existencias muy inferiores a las que habían surgido en el tiempo de las creaciones divinas, les dio un centro de influencia y acción, les creó el Sol. En cuanto estas nuevas creaciones llegaron al sentimiento de existencia, hubo lo que el Génesis llama la separación de la Luz y las tinieblas. En la armonía del Ser Universal, las tinieblas mantenían la Luz, hacían el fondo de la Luz, el frío hacía el fondo del calor, la acidez constituía el elemento de lo dulce; pero después del abuso del Espíritu del mal, fue necesario, para privarle de la fuerza creativa y por lo tanto universal, separar estos dos centros. Así, todos los Espíritus que llegaban a la existencia después de la rebelión de Satanás, se encontraron ya separados en dos, incapaces de producir creaciones Unitarias. El Espíritu, por ejemplo, el Espíritu del Fuego, se encontraba inmediatamente detenido en su acción desordenada por su mitad separada de él, es decir, por el Espíritu del Agua; el Espíritu del movimiento, de acidez, o como Böhme lo llama, el Espíritu de ácido o de Mercurio, encontraba su contrapeso en el Espíritu de la Gravedad, etc. Finalmente, los Espíritus llamados a la vida después de la gran rebelión no tenían ya integridad, la Unidad, y por lo tanto la potencia semejante a la del Dios de la Unidad.

Esta evocación de las existencias más nuevas y que tenían un centro en ellas detenía la propagación del Espíritu satánico. Esta inmensa Existencia que llamamos la Naturaleza (Material) en el seno de la cual vivimos, ha sido pues, antes de la Creación del hombre, creada

para detener el progreso del Mal. Lo que en la Naturaleza divina constituía la acción, la resistencia, el movimiento, se volvió, como ya dijimos más arriba, el rayo, la piedra de la creación inferior, material, y por lo tanto inaccesible al Espíritu satánico. Para explicar en términos vulgares estas grandes concepciones de un Espíritu místico, podemos representar como ejemplo la rebelión de un gran Jefe (al que Böhme llama siempre Satanás el Gran Duque) contra el poder central, recurriendo a él para resistirle a las existencias inferiores, al populacho del jefe, un centro de acción que releve no a sus magistrados decaídos, sino a la fuerza central. Satanás así se encuentra atrapado entre la fuerza central que negó y la nueva fuerza que toma sus inspiraciones no de él, sino del poder central.

Los nuevos gérmenes llamados a la existencia encontraron su centro material en el Sol. Las fuerzas divinas se manifestaron en esta Creación inferior como unidad en el Sol, como concentración en Saturno, como fuerza de movimiento en Mercurio, etc. Estas existencias alejadas de la Unidad por el efecto de la rebelión del Espíritu que habría debido servirles de vínculo con la Unidad, tendían con todo y necesariamente a unirse a la fuerza de concentración, deseaban unirse a la fuerza de expansión. La expansión espiritual se manifestaba en la región material, como Fuego, la concentración como gravedad (pesadez), el movimiento como relámpago y ácido, la suavidad como agua, etc. De esta separación proviene el deseo de reunirse de nuevo para formar una Unidad; y aquí reside el principio de los dos sexos, las tendencias de los dos sexos no es otra cosa que el deseo de volver a entrar a la Unidad.

El Cielo, pues, y la Tierra, es decir, la Luz y las Tinieblas, producidos ya ostensible y materialmente, comenzaron las manifestaciones del mundo exterior. Más tarde vinieron las manifestaciones de la vida individualizada como plantas, peces y animales, creaciones muy dependientes del tercer principio en el cual se reflejaban, y la cólera de Dios el Padre y la Luz, es decir, el Verdadero Dios. Estas creaciones que envolvían por todas partes a Satanás formaban, por decirlo así, las murallas de su prisión.

Entonces Dios animó la imagen del Hombre. Esta imagen de toda eternidad existió ante Dios como Idea; ya que todas las creaciones sucesivas hasta el final de los tiempos existen ante Dios como Ideas. (Aquí Böhme está perfectamente de acuerdo con Platón, es decir, con Sócrates).

Sin embargo, estas imágenes ante Dios no tienen ninguna existencia real: son como reflejos de una figura que se percibe en un espejo; vemos todas nuestras características perfectamente reflejadas, no teniendo sin embargo ninguna existencia verdadera. Dios, es decir, la Universalidad de todas las existencias, de todas las formas, vio a partir del principio y ve y verá siempre los reflejos de todas estas existencias posibles; pero estos reflejos, estas imágenes sólo entran en la vida por un movimiento del que se hace reflejar en ellas, de la fuerza central de Dios.

El tiempo pues había venido para que la Idea del hombre concebido de toda eternidad entrara a la existencia real. Tal existencia, comenzando la vida, concentraba en ella todas las fuerzas divinas; se volvía los Hijos de Dios, se volvía Dios, por decirlo así, para las creaciones interiores. Entonces, un movimiento de la fuerza central divina le creó. Se volvió el depositario de todas las fuerzas divinas, es el representante de Dios, él mismo se vuelve Dios, Maestro Soberano de la Creación, más poderoso que el mismo Satanás, ya que extraía su fuerza del Espíritu del Padre; tenía la luz de Dios; conocido como Luz, como Hijo; y al mismo tiempo era maestro soberano de la tercera nueva creación, de la creación material; su cuerpo se extraía de lo que Böhme llama el elemento único, el elemento primordial, el elemento puro. Ese elemento aún no estaba corrompido por la influencia de Satanás, pero el cuerpo del hombre primitivo, formado por este elemento, no era en absoluto material. El primer Hombre era, según Böhme,

perfectamente angélico como sentimiento e inteligencia, y más fuerte que los ángeles por la potencia que ejercía sobre el mundo inferior.

El Hombre primitivo

El hombre primitivo, según Böhme, muy espiritual y dotado de un cuerpo inmaterial e invisible, sólo tenía órganos consustanciales a la vida espiritual; extraía sus fuerzas de la naturaleza primitiva, de la fuente de la potencia; se comunicaba así con el centro de la Cólera de Dios, era también poderoso y más poderoso que Satanás. En cuanto a su vida divina, era succionada de la fuente de la Luz y la gracia de Dios; sólo tenía los órganos que comunican con la vida superior, no necesitaba nada de lo que corresponde a las necesidades materiales y físicas. Se parecería por lo tanto en la Idea a un Ser que se asemeja mucho a las creaciones de los pintores cristianos que representan las inteligencias celestiales.

Este nuevo ser, este Hijo de Dios, su Vicario en la Creación, poseía, según supone Böhme, pero no afirma demasiado expresamente, el poder de continuarse, de producir de su propio centro seguidamente nuevas creaciones: este ser era el Andrógino de las antiguas tradiciones conservadas por Platón. Pero la fuerza creativa del hombre dependía de su unión constante con el centro de la Unidad, con Dios. Fue necesario que el hombre hiciera esfuerzos para sostenerse en este centro de la Unidad, para que no saliera y no volviera a caer en el mal.

Aquí debemos abordar una cuestión muy difícil y cuya explicación definitiva nos parece por el momento absolutamente imposible: debemos sin embargo hablar, porque todos los hombres que meditaron sobre las cosas divinas la meditaron, pretendieron solucionarla. Es la cuestión de la Causa del Mal ¿Cómo los Espíritus que salieron todos de un mismo seno, del mismo Dios, pudieron dividirse en su tendencia y su movimiento? ¿De dónde tomaron la fuerza para separarse de Dios? Descendientes de la misma y única fuente, ¿de dónde pudieron obtener un elemento de movimiento que les lanzara fuera de esta fuente? ¿Cómo Dios podría permitir una desviación de los seres creados por él, lanzados por él a la existencia y conducidos por él hacia un objetivo o hacia el objeto que debían necesariamente conocer? Cuestión capital de la fatalidad y la libertad, de la providencia y el libre albedrío. Veamos cómo Böhme explica esta cuestión.

Es necesario remitirnos aquí a esos tiempos primitivos de la Creación o, por decir mejor, al estado divino de antes de la Creación. Dios, entonces, como Unidad, se reflejaba en el infinito de las ideas, de los gérmenes y creaciones. Cada rayo salido de su centro, cada efluvio, llamaba a estas ideas a la vida. Ahora bien, cada una de estas ideas, saliendo de los pozos sin fondo del Caos primitivo, animada por el rayo de la Unidad, tenía necesariamente dos tendencias de las que una primera era seguir el rayo que la llamaba a la vida, de unirse a este rayo, elevándose así, tendiendo continuamente hacia el centro de la Creación, confundiéndose con Dios; la segunda tendencia la retornaba hacia el Caos de donde acababa de salir, hacia sus existencias pasadas, hacia estas fuerzas inconmensurables de las que formaba parte y que deberían haber sido la causa de su elevación hasta el centro. Un Espíritu salido así de las tinieblas que sintiéndose fuerte y convirtiéndose en luminoso, recurre continuamente a la fuerza y cree que la Luz le es debida. Hay pues, en cada Espíritu llamado a la existencia real, dos tendencias necesariamente, una de las cuales lo dirige hacia el pasado de donde salió, y la otra hacia el futuro. Es sobre este límite, dice Böhme, que comenzó la voluntad, o, dicho de otra forma, un nuevo nacimiento, un acto independiente de un Espíritu que llega a la conciencia de sí mismo. Cuando observa el pasado, se siente muy poderoso; ya que en el momento en que sale del Caos es el Espíritu ciertamente más maduro y más poderoso de este Caos; es maestro y soberano del

Caos; la Naturaleza tenebrosa lo acepta y lo observa como su jefe. Llegado al límite de la luz se siente anulado, desnudado de todas las fuerzas de las que disponía en su parte inferior; ello le hace pues reconocer que el menor de los Espíritus de luz que encuentra sobre el límite de una nueva existencia y al que le parece nulo como fuerza, le es infinitamente superior. Una piedra lanzada en el aire vuelve a caer con orgullo y toda seguridad de derechos adquiridos hacia el centro de la tierra; pero todo lo que se eleva sobre la superficie de la tierra, una planta o un pájaro, trabaja mucho tiempo en hacer esfuerzos dudosos para elevarse hacia una esfera superior.

La individualidad humana, una vez colocada como existencia hasta entonces desconocida en la Creación, cercana por su fuerza a la Cólera de Dios en los Infiernos, ascendiendo a la Luz o al Amor de Dios y al mismo tiempo amante de este nuevo principio que acababa de surgir del Caos, del principio de la Naturaleza exterior, participando de los Espíritus y al mismo tiempo soberana del Sol y de los Planetas, se volvió el objeto de las tentaciones, es decir, de los esfuerzos de Satanás y de las existencias inferiores, o sea, de la naturaleza visible y creada. Estas existencias inferiores, este mundo elemental y los Espíritus elementales que presiden este mundo, que después de la caída de Satanás no tenían comunicaciones directas con la Unidad y no podían comunicarse ya más que por el Hombre, se esforzaron por acercarse él, por unirse con él, por entrar lo más posible en Dios por su mediación; ya que por todas partes, dice Böhme, donde el Espíritu de Dios reside, todos los Espíritus se agrupan para tener una parcela de este Espíritu (y nuestra mística, *Angelus Silesius*, dice igualmente que en cada lugar donde el Espíritu de Dios descansó todos los Espíritus se precipitan allí para calentarse). Hubo pues, en torno al primer hombre, una tendencia universal de los Espíritus elementales de unirse con él: estos Espíritus le ofrecían actos de sumisión completa; lo observaban como su príncipe, como su Dios. ¿Qué necesidad tienes, le dicen ellos, por el órgano de las inspiraciones instintivas, qué necesidad tienes de hacer esfuerzos para lanzarte hacia la Unidad que no se manifiesta en ninguna parte en actos y creaciones? Nosotros somos aquí actualidades, formas, cosas, que sólo piden obedecer, servirte; tú nos ves, nos tocas, puedes dirigirnos una mirada, un gesto. ¿Has visto alguna vez al Ser superior a ti, un Dios que tenga una mirada, un gesto que controle a los elementos? Créenos, tú eres un verdadero Dios para nosotros, eres el verdadero maestro de la Creación; únete a nosotros: tendremos la misma carne, la misma naturaleza, asociémonos.

Para entrar en esta asociación, fue necesario que el Hombre se uniera a estos Espíritus inferiores, a esta jerarquía del tercer principio. Se unió a un Espíritu abriendo su alma a sus inspiraciones; pero para unirse a los Espíritus inferiores, fue necesario abrirles su organización, sus entrañas; era necesario morderlos, era necesario comerlos. El hombre primitivo no tenía organización capaz de hacer este acto; pero concibió un deseo muy vivo de hacerlo. Y para explicar de una manera vulgar este deseo podríamos figurarnos a un joven hombre que querría reunir en él una sociedad de hombres bajos y criminales, pero que no tenía el medio de hacerlo. Es en este deseo contrario a la voluntad de la Idea de Dios, que el hombre primitivo perdió su comunicación continua con Dios; es entonces que cayó en el sueño, es decir, bajo la influencia de las fuerzas inferiores, o como dice el Génesis, Dios envió el sueño a Adán y de este sueño ya debía despertarse como individuo que pertenecía mitad a la Naturaleza visible, a los Espíritus inferiores, como su asociado, pero no aún como su esclavo; de este sueño se despertaría ya envuelto en este cuerpo terrestre y sometido en su mitad a la naturaleza física, al tercer principio: de maestro soberano de los Espíritus de la Naturaleza visible se convirtió en su agente.

El estado de la creación después de la caída del hombre y la necesidad de una nueva fuerza reparadora

El hombre primitivo o ideal, que se ha convertido en agente de un Espíritu, de toda una jerarquía de Espíritus inferiores, necesariamente habría producido monstruosidades si hubiera actuado por sí mismo, poseyendo fuerza creativa y poniéndose al servicio de los Espíritus caóticos e incompletos. Dios detuvo al hombre en esta vía: dividió su fuerza central, separó al hombre en dos. Sus instintos inferiores y su ideal extraído de sí mismo vinieron a la existencia en la idea de la mujer: el deseo del hombre dio nacimiento a un nuevo ser separado de sí mismo que apareció como mujer. Después del sueño de Adán, después de su unión íntima con el tercer principio, con el mundo visible, hubo un despertar donde Adán se encontró duplicado: reconoció en la nueva individualidad, en la mujer, una mitad de sí mismo; no podía seguir ya una existencia real y creativa más que con esta mitad. La mujer extraía su materia, su corporeización, no del elemento puro, sino de un elemento ya influido por el tercer principio: este elemento se encontraba bajo la soberanía del sol y del sistema planetario; pero hecha la mujer así, deteniendo el movimiento espontáneo de la voluntad del hombre, le condujo de nuevo a la Unidad, haciéndole sentir de nuevo la necesidad de dominar de manera legítima el mundo elemental que adquiría en la mujer su más alta expresión. El hombre no podía crear seres satánicos, y volvió a caer en la necesidad de no crear más que individuos que poseen mundo espiritual y al mismo tiempo mundo material. El centro del mundo material, del mundo planetario, detiene así lo que podría tener de malévolo la fuerza creativa, pero corrompida, del Hombre.

¿Cómo manteniendo su Humanidad el Ideal del hombre podría rehacerse, reconstituirse? Si se mantuviese en el estado donde se encontraba después de la creación de la mujer, habría seguido una raza intermedia entre la de los ángeles y la de los animales; raza pura y legítima según la Naturaleza, pero que no era ya adecuada a la idea del Hombre, tal como existió en el espíritu de Dios. Esta raza, con todo, habría podido, conservando la ley otorgada por Dios, buscando las fuentes de su vida en Dios, extendiendo esta vida sobre las creaciones inferiores, remontar laboriosamente hacia el centro del cual es resultante; pero la condición esencial, impuesta entonces al hombre, era no obedecer a insinuaciones, a consejos del mundo inferior, no comer del fruto de la tierra, del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal. En este conocimiento residía la omnipotencia divina: Dios no era celoso, pero veía que el hombre caído abusaría con seguridad, ya que este conocimiento, cuando no es elevado hacia el centro de la luz, no puede producir sino creaciones inferiores, es decir, creaciones malas, satánicas. Los Espíritus caídos antes del Adán poseían el misterio de la ciencia del bien y del mal: se imaginaron que este misterio bastaba para crear y por lo tanto para substituir a Dios: reconociendo después del resplandor de una creación visible y plena de actualidad su insuficiencia científica, se dirigieron al hombre al que veían poseer la fuerza creativa de la que se les había privado. Estando dividido después de su caída el hombre primitivo, el Espíritu del mal se dirigió a esta mitad del hombre más cercana a su Naturaleza inferior, que representaba los instintos sensibles del hombre; fue dirigido a la mujer. En el consejo de la mujer, el hombre oyó la llamada de la naturaleza ya individualizada y que se expresaba en palabras; entendió que le explicaba de nuevo su omnipotencia. Si reúnes, decía la voz de la mujer, esta fuerza que posees en el mismo centro de donde sale la fuerza divina, a los instintos de la Naturaleza universal, de la que yo como mujer soy depositaria, retornaremos a la Unidad completa, constituiremos entre los dos un Dios completo; pero para eso debemos unirnos a la Universalidad y por lo tanto hacer un acto de comunión íntimo con la naturaleza inferior. Ya

sólo restaba tener el deseo de comer del fruto de la tierra, deseo que el hombre ya había concebido antes de su sueño, de coger esta fruta, hacerla pasar a su organización, asimilarla en sí mismo, convertirse en uno con la Tierra: es así cómo Böhme explica el acto por el cual el hombre comulga con el árbol de la ciencia del bien y el mal.

La condición del hombre, después de su unión íntima con el mundo visible influida por el Mal, se volvió peor de lo que era la de los animales: el principio vital de los animales salía de la fuente oscura y caótica encendida y formada por el tercer principio que, según Böhme, es perecedero, no tenía otro objetivo en su existencia que manifestar las producciones completas de la luz y las tinieblas. El mundo visible tiene por tanto una tendencia a constituirse, a unirse a Dios: toda criatura, dice San Pablo, sufre y aspira a ser liberada de la vanidad, por eso todas las criaturas del mundo visible convergen hacia el hombre, esperando encontrar en él su complemento, su Dios. Pero como el hombre, después de haber interrumpido sus comunicaciones directas con el mundo celestial, sólo aporta sobre la tierra una chispa que no tiene ya el poder de reavivar por los rayos de lo alto, esta chispa, envuelta por una masa de Espíritus inferiores que la atraen para calentarse, no puede más que debilitarse y reducirse. Así, el mundo exterior (sol, planetas), se lanza delante de cada hombre que viene al mundo; se pone a su servicio; espera en cada momento en este hombre a su Dios, como la humanidad espera a su Mesías; proporciona a cada niño todos los dones de que dispone: las fuerzas nerviosas, musculares, conocimientos, ciencia, lo sirve como su Soberano mientras brille en el hombre la chispa aportada por lo alto. Esta chispa acaba necesariamente por debilitarse y el Espíritu del mundo exterior abandona a su preferido; busca en otra parte su apoyo; aparta al hombre a quien había favorecido, sus fuerzas sanguíneas y biliosas, su potencia brutal, y además el uso de sus sentidos y sus conocimientos, su potencia astral: ¡el hombre favorecido cae en la disminución y la miseria, muere![138]

Hablaremos por otra parte de la muerte de los animales, los cuales, según Böhme, sólo quedan en el mundo sobrenatural de las formas; en cuanto al hombre, conserva al morir los restos de su chispa divina, de la que él salió, como hemos dicho, así como todas las criaturas creadas del mundo caótico y tenebroso, pero él tuvo comunicación con la luz divina y poseía todas las cualidades susceptibles para comunicar con el mundo visible, con el tercer principio: cuando después de la muerte este tercer principio le es retirado, no teniendo más comunicación con la luz, su chispa sigue siendo solitaria y combatida por las fuerzas tenebrosas sin poderlas vencer; vuelve a entrar en el caos conservando al mismo tiempo el recuerdo de su estado paradisíaco.

Así el Espíritu del Hombre, después de su caída, vuelve a ser el juguete de los Espíritus del mal, se siente un alma sufriente condenada; ya que todo ser no sufre hasta que se encuentra bajo su ley constitutiva: las creaciones caóticas y oscuras no sufren mientras no hayan alcanzado el límite de la luz y no se hayan puesto en estado de apropiarse libremente de las parcelas de luz que les serán debidas; si rechazan esta luz, esta gracia, comienzan entonces a sufrir. Satanás sólo comenzó a sufrir en el momento de su rebelión. El Hombre comenzó a sufrir en la Caída; no podía salir de este sufrimiento más que volviendo a entrar en su ley, más que con una victoria sobre Satanás. Las fuerzas de las que tenía necesidad para este combate no podía extraerlas después de su Caída más que de la Naturaleza exterior, del tercer principio: debería agrupar en torno a él todos los elementos de este carácter exterior, debía preservarla de los ataques del Mal, debía formarse una fortaleza, un nuevo cuerpo; pero como estaba sometiendo

[138] El espíritu del mundo se asemeja a un público que favorece toda nueva individualidad (sin precedentes) en la cual espera encontrar a su verdadero soberano, su liberador, a su Dios. La fuerza de tal individualidad, una vez cansado el público, se retira, lo abandona.

a los Espíritus inferiores, no tenía ya el poder de dominarlos, de dirigirlos, debía necesariamente tras su salida al mundo exterior pasar a ser esclavo del mal, de Satanás.

Esta situación del hombre caído causó una nueva manifestación de la misericordia divina; un rayo salido del centro de la luz, que nunca hubo comunicado con el mundo material, cruzó las capas tenebrosas donde se encerraba el Hombre y penetró en su alma; llevó un nuevo calor, los gérmenes de una nueva fuerza, la esperanza del perdón, de una vuelta hacia Dios. Este rayo no dejó de encender las almas de los primeros élus de la humanidad; preparaba abundantemente en las almas una atmósfera pura; haría revivir lo que Böhme llama el elemento único, el éter paradisíaco, el paraíso. Este elemento que adquiere una consistencia querida por Dios creó a una nueva mujer, a una mujer paradisíaca, la única mujer verdadera, destinada a convertirse en la madre del Ser de Luz del Verbo divino, María, madre de Dios. Su creación excepcional la ponía corporalmente sobre los ataques del Mal; sin embargo, como Espíritu, ha debido hacer esfuerzos para mantenerse a la altura de su destino, pues habría podido caer, y siguió siendo fiel a su ley, volviéndose así un ser excepcional, el reposo del Verbo de Dios.

Después del tiempo requerido, determinado por Dios, el pueblo de Israel, conducido excepcionalmente por el Espíritu de la tierra bajo las órdenes de Dios Padre, habiendo alcanzado por sus sacrificios el más alto grado de espiritualidad sobre la tierra, ofreció un medio donde pudo nacer la mujer de Dios.

El tiempo era cumplido, el rayo divino, este Emmanuel (Dios está en nosotros) que encendía y calentaba a la humanidad entera, vino a corporeizarse, a unirse al elemento primitivo del mundo visible, vino finalmente a personificarse. La más fuerte manera de actuar sobre los hombres era convertirse en su similar, convertirse en hijo del hombre; no podía existir otro medio de actuar sobre el hombre, a condición de conservarle su libre albedrío; ya que un ser no puede unirse voluntariamente sino a su similar: Dios debía, pues, convertirse en similar al hombre. Jesús-Cristo salió de la luz divina que existe más allá de todas las creaciones; los ángeles así como los hombres salieron de la Naturaleza oscura y llegan o pueden llegar por sus esfuerzos al centro de la Luz; pero solo Jesús-Cristo salió de este centro mismo de la Luz; volvió a bajar voluntariamente a los abismos donde reside el alma humana, se apropió de los elementos en medio de los cuales luchaba, se formó en medio del tercer principio un cuerpo que debía espiritualizarse semejante al que según el pensamiento de Dios el hombre primitivo debía poseer.

Jesús-Cristo, revistiendo al mismo tiempo a la humanidad entera, se afirmó no ya como agente, sino como dominación del mundo exterior; conservó durante toda su vida el espíritu y el sentimiento angélicos y los hizo actuar en un cuerpo muy potente sobre la naturaleza exterior; espiritualizó este cuerpo hasta el punto de poder descender a los abismos satánicos sin dejarse reducir y constató así la total potencia del hombre sobre toda la creación.

Jesús-Cristo realizó sobre la tierra el ideal del hombre concebido en los cielos, traicionado por Adán; lo elevó incluso a una nueva potencia, dejando a los hijos de Adán los medios para salir del abismo donde habían caído, pero a condición de subir más arriba de lo que Adán estuvo en el paraíso, subir hasta el cielo.

No es por la enseñanza, ni por la ley otorgada al hombre, ni por la historia de sus hechos realizados, que Jesús-Cristo ayudó a la humanidad; es por los efluvios de una fuerza viva que comunicó a la naturaleza descendiendo hasta su centro, es por la respiración que salía, no de la naturaleza invisible, sino del pecho humano del Hombre-Dios, es por las señales que aparecen, no en sueños y visiones, sino en los gestos del Hombre-Dios, que Jesús-Cristo se comunicó con sus discípulos, presentándoles el modelo de vida y comunicándoles al mismo tiempo la fuerza de imitarlo.



"AUNQUE HABLARA TODAS LAS LENGUAS DE LOS HOMBRES Y DE LOS ÁNGELES, SI NO TENGO CARIDAD, SOY COMO BRONCE QUE SUENA O CÍMBALO QUE RETIÑE. AUNQUE TUVIERA EL DON DE PROFECÍA, Y CONOCIERA TODOS LOS MISTERIOS Y TODA LA CIENCIA; AUNQUE TUVIERA PLENITUD DE FE COMO PARA TRASLADAR MONTAÑAS, SI NO TENGO CARIDAD, NADA SOY. AUNQUE REPARTIERA TODOS MIS BIENES, Y ENTREGARA MI CUERPO A LAS LLAMAS, SI NO TENGO CARIDAD, NADA ME APROVECHA.
LA CARIDAD ES PACIENTE, ES SERVICIAL; LA CARIDAD NO ES ENVIDIOSA, NO ES JACTANCIOSA, NO SE ENGRÍE; ES DECOROSA; NO BUSCA SU INTERÉS; NO SE IRRITA; NO TOMA EN CUENTA EL MAL; NO SE ALEGRA DE LA INJUSTICIA; SE ALEGRA CON LA VERDAD. TODO LO EXCUSA. TODO LO CREE. TODO LO ESPERA. TODO LO SOPORTA".

Iª Carta a los Corintios, 13
San Pablo

G.E.I.M.M.E.
Grupo de Estudios e Investigaciones
Martinistas y Martinezistas de España
Apartado de Correos nº 55.031
28080 MADRID
ESPAÑA

geimme@arrakis.es